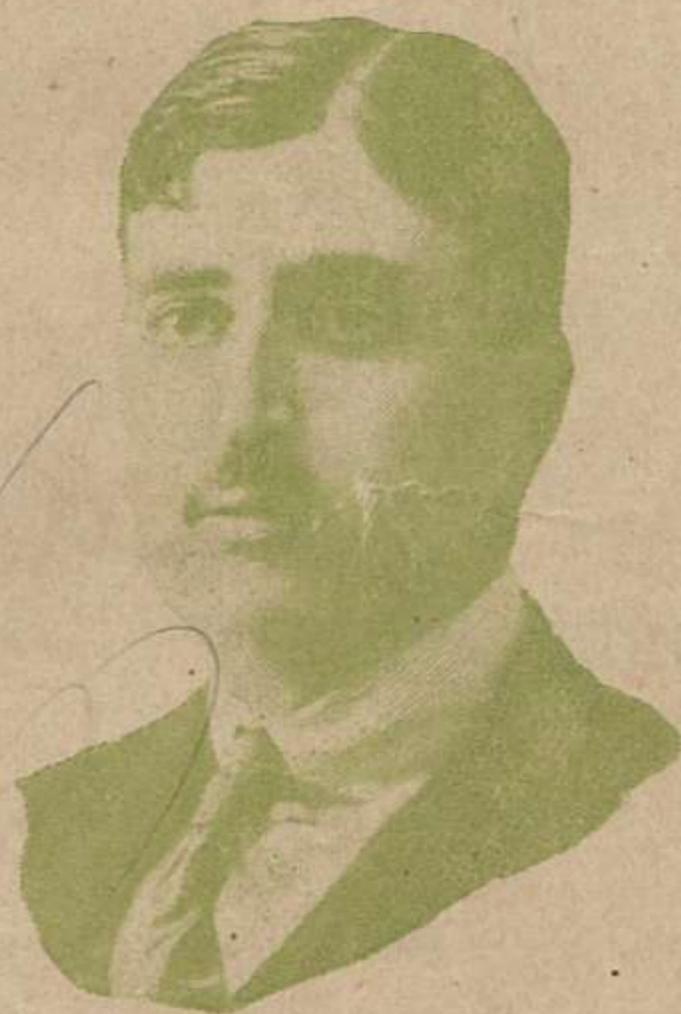


EL LIBRO POPULAR

MORALINA

NOVELA GRANDE E INÉDITA DE



JOAQUIN BELDA

60 CTS

AÑO I

EL LIBRO POPULAR

NÚM. 4

PUBLICACIÓN MENSUAL LITERARIA

Madrid, 1 de junio de 1922 :-: :-: Oficinas: San Marcos, 42

o o o

La Empresa editora de EL LIBRO POPULAR pone en conocimiento de sus lectores, que las novelas que en dicha publicación aparezcan, son de la exclusiva responsabilidad de sus autores; firmas todas ellas ilustres y de reconocida solvencia en las letras patrias.

Números publicados

de EL LIBRO POPULAR

Número 1, *El pecado de San Jesusito*, por Francisco Camba; *Otra Margarita*, por Federico García Sanchiz; *La barca de Caronte*, por Luis Antón del Olmet.

Número 2, *Los caballos negros*, por Luis Antón del Olmet.

Número 3, *La cuerda de deportados* por Angel Samblancat.

Número 4, *Moralina*, por Joaquín Belda.



MORALINA

t.c. 234987

ob. 1476507

DAU
12973

16 347-705

iva
cia



MORALINA

—¿Queda alguien?

—Sí, señor: dos señoras.

—¿Dos?... Pero ¿vienen juntas?

—Sí, señor.

—Bueno, pues que pasen dentro de un minuto.

Aunque eran las décimas o duodécimas damas que recibía en aquella mañana, D. Sergio fué rápido a un cuartito que por una puerta secreta comunicaba con el despacho, colocóse ante un espejo que había sobre un montón de libros, y se atusó la barba hasta dejarla convertida en un felpudo; miró si tenía derecha la corbata, y dióse un tirón hacia abajo del chaleco.

Tornó al despacho, dejóse caer indolentemente en el sillón frailerero que había ante la mesa, y tomó en sus manos un folleto color garbanzo, en el que fingió leer.

El folleto se titulaba «Memoria anual de la Secretaría de la Real Asociación para la corrección y reforma de jóvenes solteras embarazadas.» Dos semanas hacía que D. Sergio lo tenía sobre su mesa y aún no había leído más que el título. Bien es verdad, que acaso el título fuese lo más interesante de aquél indórman.

—Pasen ustedes.

Sonó a la puerta la voz del criado, y en la estancia, muy humildes, muy modosas, penetraron dos damas. D. Sergio levantóse cortés y ofreció unos asientos. Fijóse en ellas: eran jóvenes, casi de la misma edad, fea la una como un terremoto, y guapa la otra como una aparición.

Muy serio, muy digno, como quien es completamente inatacable por los ácidos, las dijo, permaneciendo de pie ante la mesa:

—Pues ustedes dirán en qué puedo servirles.

Se miraron las dos, como discutiendo con la mirada quién debía hablar primero. Por fin lo hizo la fea; las feas son siempre más audaces.

—Pues verá usted, señor. Nosotras..... vamos, mi hermana y yó, nos hemos atrevido a molestarle.....

—A mí no me molestan ustedes,—dijo D. Sergio, inclinándose como el mozo de cuerda que se inclina para dejar caer un baúl.

—Se trata de que..... bueno, es una cosa que, así a primera vista.....

Entonces la guapa intervino.

—Entrega al señor la carta: es lo mejor.

Del bolso de mano extrajo la otra un sobre cerrado y doblado por la mitad. Al ponerlo en manos de D. Sergio le dijo:

—Es una carta que nos ha dado para usted el señor conde de Terranova.

—¡Hombre! Gonzalo,—dijo el caballero con gran afectación.

—Sí, señor. Dice que, si usted quiere, puede hacer que.....

Pero ya el respetable hombre había roto el sobre y había empezado a leer la carta. La mujer creyó prudente guardar silencio.

No era muy larga la misiva, pero durante su lectura, D. Sergio alzó la vista varias veces para mirar alternativamente a la guapa y a la fea; en su mirada parecía ir envuelta ésta pregunta:

—¿Cuál de las dos será?

La interrogación no era ninguna futesa, porque lo que decía la carta era nada menos que lo siguiente:

«Sr. D. Sergio Candileja.

Mi querido amigo: tengo el gusto de presentarte y recomendarte con todo interés a mis buenas amigas las señoritas de Pancorbo, que desean de tí un favor de cierta importancia. Se trata de que una de ellas, Aurorita, ha tenido recientemente un desliz, cuyas consecuencias acaso no se hagan públicas hasta dentro de tres meses. Como tú, aparte otras cosas, eres un perfecto caballero, no dudo que, en tu calidad de vicepresidente de la «R. A. para la corrección y reforma de jóvenes solteras embarazadas», sabrás tender una mano a la desgracia, que no siempre va hermanada con el vicio. Las dadoras de la presente te facilitarán detalles del..... acontecimiento, y te expondrán concretamente sus pretensiones. Te ruego las atiendas, no ya por mí, sino porque nadie está libre de un accidente semejante. Un abrazo de tu incondicional.—*Gonzalo Terranova.*

Postdata. Mi enhorabuena por esa gran Cruz del Mérito agrícola; ayer lo leí en la *Gaceta*.—Vale».

La carta dejaba en pie una duda, y el resolverla era por el momento lo que más interesaba al vicepresidente de la R. A. P. L. C. I. R. D. J. S. E.

La pregunta era un poco escabrosa, y como, por la simple inspección de la fachada nada de cierto podía colegirse, la solución de la charada no aparecía por parte alguna.

Hubo una pausa embarazosa. Durante ella, aunque D. Sergio no era hombre de muchas ideas, se le ocurrió una luminosa.

Tornó a leer la carta y, habiendo encontrado lo que buscaba, preguntó, procurando desnudar a la pregunta de toda malicia:

—¿Cuál de ustedes es Aurorita?

Y entonces la fea con fealdad de terremoto, bajó la frente al suelo y dijo lacónica:

—¡Una servidora!

Dicho lo cual, estalló en una tormenta de sollozos.

Don Sergio la miró, miró también a la hermana, que le pareció más bella que un cheque, y por fin alzó la vista al techo, como diciendo:

—Por lo visto ese hombre se equivocó de habitación.



—¡Vamos, vamos señorita! Que no hay motivo para afligirse. Está usted delante de un caballero, y el caballero no sabe nada, no quiere saber nada.

—Es que yo.....

—Cálmese, cálmese lo primero de todo.

Y dirigiéndose a la guapa la dijo:

—Señorita, ayúdeme a tranquilizar a su hermana.

—Vamos Aurora,—intervino la otra,—¡pareces tonta! A ver si hemos venido aquí a llorarle al señor.

La aludida iba poco a poco serenándose.

—Tienes razón. Usted perdone caballero, pero es que cada vez que me acuerdo.....

—¡Pues no se acuerde usted, y en paz!

—Yo le juro que no tuve culpa ninguna. ¡Fué aquel charrán o aquel ladrón de honras, que Dios castigue como se merece! Dicen que está prisionero de Abd-el-Krim, pero no será verdad.

—¿Era militar?

—¡No señor! Corredor de alhajas.

—¡Ah!

—Si aquello yo no sé cómo fué. Verá usted señor, yo le contaré al detalle.....

Pero D. Sergio, muy digno, la atajó enérgico:

—¡No señorita! ¡Yo no puedo consentir eso! Mi caballerosidad me lo impide. Olvidemos el hecho, y dígame usted concretamente lo que quiere de mí.

—Pues yo quería.....

Viendo que la hermana no iba a romper, intervino la otra.

—Mire usted señor, mi hermana lo que quiere es que cuando llegue el momento de..... vamos de instalar el nacimiento.....

—Ya, ya.

—Pues esté ahí, en el colegio ese que tienen ustedes por ahí, por las Ventas: ya sabe usted como es la gente, y viviendo como vivimos nosotras en una casa de vecinos, pues todos son dimes y diretes. Y luego, que oyen llorar a un chico pequeño a media noche en casa de una y enseguida piensan mal.

—Ya, ya. ¡La gente es terrible!

Pero la actitud de D. Sergio había variado desde que se le había formulado la petición concreta. Desapareció en él el visitante atento, el hombre de mundo, y apareció el burócrata de la caridad, el gran cacique de la moralización y de la filantropía, acostumbrado a cauterizar las llagas sociales a fuerza de expedientes.

Su voz se hizo más hueca, la mirada empezó a divagar por los ámbitos de la estancia, sin detenerse nunca en sus interlocutores.

—Pues respecto a eso, y a la recomendación que me hace mi querido amigo el señor conde de Terranova, yo he de manifestar a ustedes que como vicepresidente de la Asociación, no intervengo en la admisión de asiladas. Eso corre a cargo de la Junta de señoras, cuya presidenta es la marquesa de Ruimoral.....

—¿La marquesa de Ruimoral?—interrumpió la guapa.—¿Esa es una señora que ha estado casada tres veces, y no ha tenido nunca hijos?

—Sí. Es un gran prestigio de mujer. Ella es el alma de nuestra Asociación; nosotros no hacemos más que secundar modestamente sus consejos y sus inspiraciones. Reglamentariamente, a la marquesa debieran ustedes dirigir su petición; pero, en fin, yo lo único que puedo hacer en obsequio a ustedes, y a mi amigo el Conde, es transmitir a la presidenta de la Junta de damas, los deseos de ustedes.

—¡Ay, Dios se lo pague, señor!

—Hará usted una buena obra.

Don Sergio se creyó en el caso de reprimir aquellos entusiasmos. Para él, el verbo entusiasmarse era siempre un verbo peligroso.

—Ahora bien..... ahora bien: que creo que han llegado ustedes en un mal momento.

—¿Sí?

—¿Por qué?

—En realidad, para eso de las admisiones, todos los momentos son malos, porque hay siempre más solicitudes que plazas disponibles, pero en este mes de octubre de este año.....!

Las dos hermanas se miraron perplejas.

—¿Qué pasa en éste mes?

Y D. Sergio, sin variar para nada el tono de su voz, dijo:

—Recuerden ustedes que éste año el Carnaval ha caído a mediados de Febrero, es decir, va hacer pronto nueve meses.

—¡Ah!

—Ya.

Y la guapa, que filosofaba más que la otra, dijo:

—¡Y aún dicen los periódicos que el Carnaval es una fiesta en decadencia!

—Lo que es nosotros no lo hemos notado,—afirmó D. Sergio.— Ahí están las estadísticas.....

Y señaló a un montón de papelotes que había en un ángulo de la estancia.

—Así que usted cree que no haremos nada.

—No, no, no hija mía: no he dicho eso. Digo que la cosa es difícil. Yo veré:.... yo preguntaré... y cuando sepa algo seguro avisaré a ustedes. Voy a tomar nota: me dejan ustedes su dirección y.....

Durante unos minutos el hombre escribió con lápiz unas cosas en un papel. El desliz de Aurorita tomaba así estado burocrático: aquel ser humano, que aún no había nacido, y nadie sabía si llegaría a nacer, era ya la base de un expediente.

Las muchachas se levantaron para marcharse. D. Sergio, muy afable, quiso acompañarlas hasta la puerta del despacho.

—Esperen mi aviso, y ya saben dónde me tienen para todo.

Aurorita no acertó a decir más que esto:

—Muchas gracias.

Para decirlo se puso más fea que de costumbre.

La hermana en cambio, deteniéndose un poco más, dijo al caballero:

—Hará usted una buena obra, y le aseguro que no se arrepentirá: porque, como el padre de lo que nazca es un charrán, si la criatura es un niño, yo haré que le pongan de nombre Sergio.

El caballero no supo qué decir; pero aquella promesa formulada tan efusivamente, no dejaba de parecerle una posible complicación.

Al verse otra vez sólo en el despacho, y evocando los rostros de las dos hermanitas que se acababan de marchar, volvió a decirse, mirando al techo como quien pide la aclaración de un enigma:

—¿Pero en qué estaría pensando el corredor de alhajas?

Hora es ya de que se lo digamos al lector, aunque él con su clarividencia lo habrá deducido de lo narrado hasta aquí. D. Sergio Candileja era uno de los hombres más brutos de Madrid.

En un concurso de acémilas, bien organizado, nadie hubiera osado disputarle el primer premio, y para que su animalidad bípeda fuera más molesta, habrá que añadir que de las dos clases de hombres brutos que el Creador ha echado al mundo, el bruto risueño y el bruto grave y solemne, Candileja pertenecía a la segunda.

Era uno de esos hombres que no se han reído nunca, debido acaso a una atrofia peculiar de los cigomáticos—¡!—y que, solo por ello, disfrutaban de un prestigio tal entre las gentes, que si alguna vez quedase vacante la plaza de Padre Eterno, el puesto indudablemente sería para uno de ellos.

El amigo Candileja era sociólogo y pedagogo, como podría ser diabético o nefrítico: es decir, por deficiencia funcional de alguna sustancia interior. Además era viudo. Pero éste su estado civil, requiere explicación aparte.

A los treinta años lo casó una tía suya con una infeliz muchacha, guapa, de algún dinero, y frágil como un canuto de majuelas. La pobre, débil de cuerpo y de espíritu, sobrevivió solo tres meses a la fecha de su matrimonio. Murió de aburrimiento, y su ataúd hubiera podido ser blanco, pues el marido, atacado desde la pubertad de una anafrodisis total, no veía a su mujer más que a las horas de las comidas o cuando se cruzaba con ella en algún pasillo de la casa.

Sin duda para consolar su viudez, D. Sergio surmergióse de hoz y coz en todo aquello de la filantropía oficial. Era miembro de catorce o quince juntas directivas de otras tantas asociaciones benéficas. Su preocupación era acabar con el vicio, plaga verdadera de las sociedades modernas, e incapaz de tener ninguno, por impotencia física y mental, se dedicaba a combatirlos todos a fuerza de reglamentos y de..... subvenciones del Gobierno.

Había fundado tres o cuatro patronatos contra otras tantas maldades sociales: el «Merendero católico de madres anémicas» era obra suya, y después de haber dado vida exhuberante y próspera a la «Liga contra la obscuridad en los cines», acabada de crear la «Real y Pontificia Asociación para la represión del juego del cané», que contaba ya con más de quinientos adheridos.

Cada tres meses la *Gaceta* dejaba caer sobre el pecho de D. Sergio Candileja, una nueva gran cruz; cuando ya parecía que las tenía todas, y su pecho era como un cementerio muy poblado, venía una orden casi desconocida a aumentar su colección de cintajos y bisutería, sin disputa la más espléndida de España. ¡Mentira parecía que un hombre sólo pudiese atesorar y reunir en sí tanto mérito!

Sin duda para corresponder a todo ello, cada tres meses también el amigo Candileja se metía dentro de una levita, que por lo amplia, parecía la muleta de Rafael el Gallo, y en unión de dos amigos de cebración muy parecida a la suya, se encaminaba a pie al Ministerio de la Gobernación.

Muy solemnes los tres, como quien cumple una elevada misión social, llegaban a las cercanías del despacho del señor ministro y esperaban a ser recibidos por su excelencia.

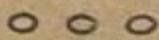
Cada vez se trataba de una cosa distinta, pero, en el fondo, todo venía a ser una misma y pomposa flatulencia. Hoy era el desnudo en los teatros, mañana la prostitución, al otro los libros pornográficos o la blasfemia en las calles..... Si el ministro era un hombre de mundo o un guasón—cosa que solía ocurrir con harta frecuencia, sobre todo en los Gobiernos homogéneos—acogía a aquellos tres anabaptistas con la mejor de las sonrisas, les llenaba de amabilidades y después de escucharles con toda atención, aunque sin dejar por ello de mirar la Puerta del Sol a través de los balcones del despacho y a las modistillas que por ella pasaban, les venía a decir, poco más o menos.

—Me he preocupado mucho del asunto de que ustedes me hablan, y si no he tomado ya una resolución acerca de él, ha sido porque estoy reuniendo el mayor número posible de datos antes de formular una ponencia que pienso llevar al Consejo de Ministros. Precisamente el problema de si las tiendas de objetos de goma deben llevarse al extrarradio o deben, por el contrario, ser exceptuadas de la Ley del descanso dominical, figura entre los preferentes a que el Gobierno consagra su atención, y yo me congratulo de que personas de los prestigios y de la competencia de ustedes, se asocien al poder público para esta labor de saneamiento social, que es ya de urgencia inaplazable.

Aquellas entrevistas no solían ser muy largas, pues el ministro, al que aguardaban cosas más serias, procuraba quitarse de encima cuanto antes a aquellos pelmazos. Estos, al salir del Ministerio, acostumbraban refugiarse en el vecino café de Pombo, donde pasaban el resto de la mañana, atracándose de sorbetes de arroz y de chocolate con picatostes.

Al día siguiente, en los periódicos más ingénuos, solían leerse unos sueltos de este jaéz:

«Ha visitado al señor ministro de la Gobernación una comisión del Centro de fumigación social, presidida por el insigne sociólogo D. Sergio Candileja, la cual fué a solicitar la adopción de medidas severas contra las academias de baile. Los comisionados salieron muy satisfechos de la acogida y de los buenos propósitos que animan al ministro.»



Para visitar a la marquesa de Ruimoral, el amigo Candileja no se vestía de levita, sino de chaqué. Le parecía más gallarda esta prenda tratándose de una dama, y al encaminarse en la mañana de hoy al vetusto palacio de la calle de la Flor, pudo comprobar que más de una mujer de las que con él se cruzaban en el camino, se volvía para admirarle, pues iba a cuerpo y con botines.

La noble dama habitaba en el piso principal de aquel palacio..... que solo tenía un piso, además del bajo: pero ella le llamaba siempre el principal, porque decía, con un exceso de lógica, que si la casa hubiera sido un rascacielos, aquél suyo habría sido siempre el piso más importante.

De dinero no andaba muy bien Rosalía Ruimoral: de su tercer matrimonio le había quedado una renta suficiente para vivir con cierto desahogo, a condición de no tomar vino en las comidas, y el decoro de la casa se salvaba gracias al espléndido mobiliario heredado de sus mayores, y que, un poco abigarrado, en mescolanza de épocas distintas, daba a la morada de la viuda triple, el carácter de una sucursal del Hotel de Ventas.

Candileja visitaba siempre a la marquesa a las once de la mañana: a esa hora, la Presidenta de la R. A. P. L. C. I. R. D. Y. S. C., estaba siempre instalada en su despacho, y tenía ante ella a la Secretaria, una joven de unos cincuenta años, con gafas, y un poco cargada de espaldas, que la Ruimoral, encantada de sus dotes morales, había sacado del asilo de la asociación, donde había ingresado, *a corregirse*, seis veces en el transcurso de cinco años.

D. Sergio, siempre que entraba en aquella casa, experimentaba un irreparable sentimiento de envidia. Envidia noble, claro está, pues él habría querido para el interior de su hogar, un ambiente de aristocracia y dignidad secular como el que se respiraba en la morada de la marquesa, desde que se pasaba de la portería.

La Presidenta recibíale siempre con gran efusión.

—¡Mi querido D. Sergio! ¡Tanto bueno por ésta su casa!

—Señora, soy yo el que viene en busca de lo bueno, y lo encuentro siempre.

Y empezaban a chismorrear.

La secretaria hacía mutis discretamente, y se quedaba emboscada tras la puerta del despacho, procurando enterarse de todo lo que allí se hablase. Con mucha frecuencia la marquesa la llamaba haciendo sonar un timbre, para pedirle un dato cualquiera: y entonces ella dejaba pasar un rato, para hacer creer que acudía a la llamada desde un poco lejos, y entraba en la estancia llena de dignidad.

En el día de hoy, D. Sergio estaba un poco cohibido. Sabía él muy bien que el mensaje de que era portador, venía a ser de los que más molestaban a la marquesa. ¿Nuevas admisiones? ¡Pero si apenas había sitio para las ya admitidas!..... Y la santa mujer se deshacía en improperios contra el vicio, cada día en aumento y contra la corrupción de las costumbres que, por lo visto, iba a acabar con el mundo.

Al hablar así no se daba cuenta del disparate que decía. ¿Cómo iba a acabarse el mundo mientras las mujeres, y no ya las casadas sino las célibes, continuasen faltando con aquella constancia a uno de los mandamientos—acaso el más implacable—de la Ley de Dios?

El prestigioso filántropo no sabía cómo abordar el tema, y empezó a patinar.

—Vengo, marquesa, con una pretensión un poco absurda.

—No lo creo. Nada de lo que a usted se le ocurra puede ser absurdo.

—Sin embargo ahora.....

—Bueno pero ¿de qué se trata?

—Marquesa..... ¿cómo andan ustedes de plazas en el asilo?

La noble dama, que no había dejado un solo momento de revolver papelotes, dijo, con una sonrisa que quería ser pícara:

—¿De plazas?..... ¿Va usted a traerme dinero para que ampliemos el edificio?

—¡Qué más quisiera yo!

—Pues entonces.....

—Entonces..... no va usted, a tener más remedio que hacer un huequecito..... No, no es cosa mía: se trata de una recomendada del conde de Terranova.

—¡Jesús!.... ¡Más le valiera al conde trabajar por el aumento de la subvención miserable con que nos humilla el Gobierno! En este país hay dinero para todo, menos para las obras de verdadera importancia social.

—Tiene usted razón.

—¡Hombre, por Dios! Si es una vergüenza. Cada día se gastan millones y más millones en Guerra y Marina, por ejemplo, y en cambio en el asilo, cuando queremos comprar toallas, tenemos que dar un sablazo a los patronos.

—Bueno, pero, de eso de la recomendación de Terranova.....

—¿Qué clase de mujer es?

—Muy fea.

—¡Por Dios marqués! No le pregunto eso.

—Pues creo que se trata de una chica huérfana: a mi casa ha ido con su hermana.

—¿Y el padre?

—No, si es huérfana de padre y madre.

—Si digo el padre de..... lo que venga.

—¡Ah! Es un corredor de alhajas.

—Échele usted un galgo.

—La cosa tiene cierta urgencia porque.....

—Sí, ya me lo figuro. Lo de todas. Se acuerdan de Santa Bárbara cuando truena.

—Por lo menos cuando empieza a ponerse nublado.

A la noble marquesa de Ruimoral le gustaba mucho decir que no, al principio, con objeto de que la rogasen mucho, y, cuando por fin accediese, parecer que otorgaba un gran favor. Pero, por lo general, acababa siempre diciendo que sí.

Así ocurrió ahora.

—Bueno, bueno, diga usted al conde que me pide un imposible, pero que.... nos arreglaremos como podamos. Todo será que tengan que dormir dos asiladas en una misma cama.

—Eso al conde no le preocupa.

—A él no, pero a ellas.....

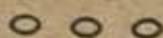
—¡Muy bien! De modo que entonces yo ¿aviso a la chica?

—Eso es. Que se presente el sábado próximo en el asilo.

—¡Dios se lo pagará a usted, marquesa! Es una buena obra. ¡Una más! Un nuevo florón para su corona de virtudes.

—¡Basta! ¡Basta! No me avergüence usted.

Y D. Sergio Candileja, satisfecho por el éxito de su misión, salió a la calle. Los faldones del chaqué le ondulaban más que de costumbre.



La situación económica en que vivían Aurorita, y su hermana era casi la de una vergonzosa estrechez. Vecinas ambas de un piso quinto

interior de una casa del final de la calle de Amaniel, apenas tenían, después de pagar el alquiler, para dos modestas comidas diarias, a base de judías y de altramuces.

Por ello, la recogida de una de ellas en el asilo durante tres meses, a más de ser una necesidad pudorosa, era un recurso y un alivio del bolsillo, siquiera pasajero.

Y por ello también, al recibir la carta en que D. Sergio Candileja les comunicaba la favorable resolución de la marquesa, fué su alegría tan grande que pasaron todo el día en una sola y franca oleada de risa.

Pero es un hecho inconcuso, y no tan inexplicable como puede parecer a primera vista, que las grandes emociones espirituales tienen una inmediata repercusión en la parte que podríamos llamar orgánica del individuo: un gran disgusto puede hacer caer el pelo, y una alegría muy intensa puede proporcionar un fuerte dolor de muelas. ¡Que el hombre, pese a materialistas, y espiritualistas, es un inmundo amasijo de carne y alma, que, para pensar, necesita comer algo a diario!

¿Qué tiene pues de particular que Aurorita, la huérfana aprendiz de madre, al recibir la para ella gratísima noticia de que su ingreso en el asilo era ya un hecho, sufriese una gran conmoción en todo su organismo? En todo, y, por ende, también en sus entrañas.

Y esas conmociones son casi siempre pródigas en consecuencias: la más frecuente de todas, la Historia lo dice,—recuérdese, entre otros, el caso de María Estuardo,—es que el fruto de bendición, individuo fructuoso de la Humanidad, anticipe su venida y..... venga sin avisar, y, desde luego, a destiempo.

Y ésto fué ¡oh lector piadoso! lo que ocurrió en este caso. Aurorita perdió el compás interior, aceleró el ritmo del oleaje de sus venas y..... la plaza que se le acababa de conceder en el asilo fué ipso facto tan inútil como si le hubieran otorgado una de Gobernador civil, o de cualquier otra cosa eminentemente varonil.

Cuando al levantarse del lecho a la mañana siguiente del suceso dió cuenta de él a la hermana, su único paño de lágrimas, ésta se quedó aterrada.

—Pero ¿qué has hecho?

—¡Yo! Nada. ¡Te juro que nada! La cosa se ha producido sola.

—¿Y estás segura de que no tiene remedio?

—¡Lo que es eso!

—¡Válgame Dios! Pues es una contrariedad.

—Bueno pero oye, Blanca, después de todo ¿qué mal hay en la cosa?

—¡Vamos hija!

—Puede que haya sido la mejor solución.

—No sabes lo que te dices.

—Pero ¿por qué?

—¡Friolera! ¿Con qué pretexto te vas a pasar ahora tres meses en el asilo?

—Yo, con ninguno: me quedo en casa, y en paz.

—¡Claro! Y el ahorro de tu comida, con el que ya contábamos durante todo ese tiempo ¡ese se lo lleva pateta!

La convaleciente, sentada en el borde del lecho, se quedó un instante pensativa.

—Eso sí.....

Hasta entonces no había caído Aurora en la causa del disgusto de su hermana.

—¡Mira que es mala pata!—dijo Blanca.—Para una vez que se nos ponían bien las cosas.

A la exmadre la dió un vahído, y tuvo que dejarse caer del todo en la cama. La infeliz estaba en ese período de peligro durante el cual, según el dicho vulgar, toda madre fracasada tiene abierta la fosa, y no había que contar con ella para nada.

Blanca la cuidaba solícita y cariñosa, pero en medio de sus mimos, se la veía la contrariedad y el genio adusto de la persona a quien le han hecho fracasar una combinación muy bien preparada.

Al arreglar las almohadas a la enferma parecía decir:

—¡Esta bruta ya podía haber esperado un poco!

Al ofrecerla una taza de caldo, lo hacía con un gesto que parecía expresar:

—Este es un gasto que nos podíamos haber ahorrado perfectamente.

—Y así todo.

Pero en medio de su disgusto, parecía haber en la guapa mujer una tenacidad en no darse por vencida, una como vaga esperanza que aún no se fundase en nada concreto.

Con Aurora, desde luego, no se podía contar; muy débil y clavada en la cama por su misma debilidad, la cosa no tenía remedio. Su vida no peligraba, pero la jóven, en algunos días estaría convertida en la cosa más parecida a unos zorros.



Ocho días después, y como D. Sergio Candileja visitase el asilo de L. R. A. etc., una de las enfermeras, le dijo:

—¿Quiere usted ver a su recomendada, la que ingresó hace poco?..... Está en el segundo piso.

Desde luego que no pensaba haberse marchado a la calle sin verla, aunque únicamente por puro impulso caritativo, pues la fealdad de la enferma,—cuyo rostro tenía el filántropo grabado en la memoria como un remordimiento,—no era de las cualidades que invitaban a una muy frecuente contemplación.

La misma enfermera le guió a través de patios y corredores, y le condujo hasta una especie de saloncito de paredes pintadas de azul, en el que estaban cinco o seis asiladas, muy entretenidas en coser.

Todas llevaban el traje gris y el gorrito blanco, uniforme de la casa, y al ver entrar a aquel señorón, de aspecto tan vacuamente solemne, se pusieron en pié, abandonando provisionalmente la costura.

La enfermera llamó a una por su nombre.

—¿Señorita Aurora?..... ¿No conoce usted a este señor?

Lo decía bromeando, pero el aludido se quedó de una pieza al ver que una muchacha guapísima avanzaba hacia él sonriendo.

Con el traje aquél no la reconoció; fué preciso que ella hablase para que el sonido de la voz escalase en su memoria.

—¿Cómo está usted, Sr. Candileja?

—Yo.....

—¿No me conoce?

—Sí, sí..... ¿Y su hermana?

—Pues está bien, muchas gracias.

Y Blanca—que ella y no la hermana era la acogida al asilo—preparada sin duda para aquella entrevista que sabía era inevitable más tarde o más temprano, quiso hacer las cosas bien. Separándose del todo de las demás y aún de la misma enfermera, llevó a D. Sergio al hueco de una ventana y, en voz muy baja, fué explicándole a su modo la película.

—Mi hermana está en casa.

—¿Cómo! Pero ¿no está en el asilo?

—¿Ella? No.

—Yo creí que.....

—¿Qué tiene ella que hacer aquí?

—¡Ah, no sé. Pero yo pensaba que era.....

La guapa chica sonrió misteriosa.

—¿Pero, de veras D. Sergio, no adivina usted lo que ha pasado?

—No hija, no. Soy muy torpe, lo confieso.

—¿Recuerda la visita que le hicimos mi hermana y yo en su casa?

—Ya lo creo.

—Usted leyó la carta del conde, y, al acabar, con una gran delicadeza, preguntó cual de nosotras dos se llamaba Aurora.

—Dado el contenido de la carta me pareció el medio más breve de enterarme de.....

—¡Claro! Y entonces mi hermana, faltando a la verdad, dijo que Aurora era ella.

—¿Faltando a la verdad?

—Como usted lo oye. La pobre, que siempre ha sido muy buena conmigo, se echó ella el muerto, para evitarme el bochorno de confesarlo yo ante usted.

—¡Ah!

—¿Se explica ahora por qué estoy yo aquí?

—Ya, ya....

—Ella es un angel.

—Es decir, que me engañaron ustedes.

Y como el maldito de Candileja no se reía nunca, la muchacha, al oírle decir aquello, creyó que aquel hombre estaba indignadísimo.

—¡Por Dios, Sr. Candileja! Considere usted el motivo.....

—No, no: si me parece muy bien la travesura.

—Nos habíamos puesto de acuerdo en la calle, porque a mí, la verdad, me faltó valor a última hora.

D. Sergio, queriendo borrar el mal efecto, dijo:

—Lo comprendo, lo comprendo: a mí me hubiera pasado lo mismo. Y hablaron de otra cosa.

—Bueno, y ¿qué tal la tratan a usted aquí?

—¡Ah, muy bien!

—¿Está usted contenta?

—Mucho.

—¿Se la ofrece algo? ¿Quiere alguna cosa de mí?

—Todavía no: pero, ya que es usted tan amable, voy a pedirle un favor..... con alguna anticipación.

—Hable usted.

—Quiero que cuando llegue el momento, me coloque a mi hijo en algo.

—¿A qué hijo?

—Al que tenga. ¿O ya se ha olvidado para qué estoy aquí?

—¡Ah! Ya..... Muy bien. Pues tomaré nota y.....

—Dios se lo pague.

—¡Ah! Oiga: nos hemos olvidado de un detalle.

—¿Cuál?

—¿Y si en vez de ser chico, es chica?

—Pues me la coloca usted también. De mecanógrafa..... o si no en teléfonos.

D. Sergio había oído hablar de los previsores del porvenir, pero donde estuviera aquella muchacha, que se quitasen todos.

Despidióse de ella, ofreciéndola venir a verla con alguna frecuencia. En el despacho de la Directora se encontró a la marquesa de Ruimoral, que acababa de llegar.

—¡Hola Candileja! Conocí el otro día a su recomendada de usted.

—Ahora bajo yo de verla.

—Hombre, por cierto, ¿por qué me dijo usted que era horriblemente fea?

—No es ninguna belleza; ahora que, con el traje de aquí de casa, parece algo.

—¡Cá!

—Yo no veo que.....

—Es que los hombres, todos los hombres, ¡hasta usted Candileja! siempre han de ser ustedes iguales en cuanto hay faldas por medio.

—¡Por Dios, señora!

—¡Hipocritón!

o o o

Sergio Candileja estaba satisfecho de su obra.

¡Cosa rara! Desde que había visto que su nueva acción caritativa había recaído en la hermana guapa y no en la fea, le parecía más meritoria a los ojos del Señor.

Y no es que al amigo Candileja le encandilasen las mujeres: pasivo, tranquilo, con los nervios perfectamente dominados desde que nació, era uno de esos seres que podríamos llamar blancos, en los que el sexo no es más que un pretexto para afeitarse.

Una mañana, había transcurrido un mes de su visita al asilo, entró en el despacho del sociólogo su secretario, el fiel Camuñas, un sujeto de regular ortografía, que había sido cabo de artilleros en la última guerra carlista.

Camuñas venía un poco asombrado.

—Señor, hay ahí un sujeto raro, que pretende ver al señor.

—¿Muy raro?

—Sí: mal encarado, y yo juraría que hasta huele un poco a aguardiente.

—¿Cómo se llama?

—Dice que el señor no le habrá oído nombrar en la vida:

Precisamente Candileja, cuando el secretario penetró en la estancia, estaba consagrado al estudio de un proyecto de bases para una nueva asociación que se había sacado de la cabezota; se llamaba «El Patronato de jóvenes alcohólicos», y se proponía incluir en él como protegidos a todos los medidores y chicos de tabernas y demás establecimientos vinícolas, para librarlos del peligro que supone el desmedido afán de apurar las cortinas de los vasos y de los medios chicos.

Por eso aquello del pretendido olor a aguardiente, le pareció un aviso providencial.

—¿Tampoco habrá dicho ese sujeto lo que quiere?

—No; no: dice que es asunto muy reservado.

—¿No será un sablista?

—Viene muy bien vestido, y trae los dedos llenos de sortijas.

—¿Falsas?

—Eso ya.....

—Bueno, que pase; pero, por lo que pueda ocurrir, no te alejes tú mucho de la puerta.

—Descuide el señor.

D. Sergio echó mano a una plegadera de metal que tenía sobre la mesa, y se la puso delante, encima de la carpeta. Recordó los versos del «Tenorio».

«..... y si es,
un traidor que hasta mi quinta
me viene siguiendo el paso,
hálleme pues por si acaso
con las armas en la cinta.»

Entró en el despacho un sujeto alto, muy moreno, bien vestido, pero con esa elegancia un si es no es chulesca del administrador de mujeres.

—¿El señor D. Sergio Candileja?

—Servidor de usted.

—Muy señor mío.

La voz era gruesa, llena, imperiosa, como de hombre que hace a diario gárgaras con alcohol.

—Siéntese y diga.

El dueño de la casa quería fingir una tranquilidad que ciertamente no poseía.

—¿Usted no me conocerá?

—No señor.

—¿Ni de nombre tampoco?

—Aún no me ha dicho cómo se llama.

—Rafael Perales.

—¡Muy bien!

—¿De veras no le ha hablado a usted nadie de mí?

—No señor: o por lo menos no recuerdo.

—Yo creí que mi nombre se habría pronunciado en este despacho, no hace aún mucho tiempo.

—Yo le suplico que hable más claro.

—Voy a ello..... Ante todo, Sr. Candileja, yo tengo que dar a usted las más efusivas gracias.

—¿Por.....?

—Por lo que ha hecho usted en favor de mi hijo..... es decir, del que será mi hijo.

—Ya sé quien es este sujeto—pensó D. Sergio—un loco.

—Gracias a usted, y a alguna otra persona caritativa, la madre no carecerá de nada..... hasta que sea madre. Después, yo me encargo. Y a eso he venido precisamente.

—Ha dicho usted antes que iba a hablar claro.

—Sí, señor. Gracias a su influencia de usted ha ingresado en un asilo una señorita llamada Aurora: esa señorita..... bueno ¡estamos entre hombres!..... esa señorita va a ser madre, y el responsable soy yo.

—¿Cuál es su profesión de usted?

—Corredor de alhajas.

—¡Ah!

—¿Va usted cayendo?

—Del todo.

—¿Le suena ahora ya mi nombre?

—No, el nombre no.

—¿Cómo? ¿Es posible que ella no le hablara de mí?

—Me habló, pero como corredor.

—¡Menos mal! Creí que me había olvidado.

—Y usted, ¿por dónde ha tenido noticia de mi intervención en este asunto? ¿Cómo ha sabido lo de su ingreso en el asilo? Porque ella, delante de la hermana, me aseguró que usted la había abandonado.

—Y así era la verdad. Pero hay una cosa en el mundo que se llama el remordimiento, y gracias a él estoy yo aquí. Blanca, la hermana, me escribió contándome lo que pasaba, y yo, sin avisar a nadie, he venido a Madrid. Aún no he hecho nada por verlas; mi primera visita ha sido para usted.

—Muchas gracias.

—Yo señor, he sido un canalla.

Al decir ésto, el corredor dió media vuelta en la silla, y cayó de medio lado sobre el respaldo, como presa de súbito soponcio.

D. Sergio, alarmadísimo, llamó al secretario, y entre Camuñas y él acudieron en socorro del accidentado.

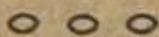
—Agua, tráete un vaso de agua, Camuñas.

—Sí, pero con un dedito de coñac, dijo el corredor con voz doliente.

Y cuando lo hubo bebido, pareció volver del todo en sí, y hasta moduló una breve sonrisa.

—No es nada, señor: ésto no es nada. Es el remordimiento.

Y se dispuso a continuar el raconto.



—Yo, señor, me he calificado antes a mí mismo de canalla, y creo que he estado injusto. La prueba de que no lo soy, es lo que luego diré.

—Le suplico que no divague.

—Iré al grano. Conocí a Aurora en un cine y, súbito, me enamoré de ella. No se si porque la ví a obscuras, pero lo cierto fué que me enamoré. Lo que me encantó de ella fué su ingenuidad, un velo de inocencia que parecía encubrir su pensamiento y sus palabras. Precisamente esa inocencia fué la culpable de lo que luego pasó. Con detalles no querrá usted que le cuente la escena de la seducción ni la que vino luego de.....

—¡No por Dios! Como caballero, yo no debo oír nada de eso. Para mí esa muchacha no es más que una mujer que ha sufrido una desgracia.

—Muy bien. Yo lo que no he comprendido todavía es qué vió ella en mí para corresponder a mi pasión. ¿Fué mi profesión de corredor de alhajas la que le hizo entrever un porvenir risueño? Es posible, porque como las mujeres son tan novelescas.

—Bueno, eso no hace al caso.

—Tiene usted razón. Pero sí permitirá usted que yo me justifique. Porque la verdad, así a primera vista, y tratándose de dos hermanas a quienes conocí al mismo tiempo, la una fea como un cirio gastado, y la otra guapa como un sol, parece un poco absurdo que yo me decidiese por el cirio..... es decir, por la fea.

Don Sergio, recordando aquella figura ideal de mujer vista en el asilo, con aquel traje gris y aquel gorrito blanco, creyóse en el caso de protestar débilmente.

—Pero ¿por qué le llama usted fea a Aurora?

—¡Señor! Porque lo es a rabiar.

—Yo no veo que.....

—Usted es muy galante, y yo agradézcole con toda el alma esa defensa de la que va a ser la madre de mi hijo.

—Entonces, y sin ánimo de ofenderla, ¿cómo calificará usted a la hermana?

—¿A quién? ¿A Blanca?

—Claro.

—Yo reconozco que es una guapa mujer, pero a mí ¡qué quiere usted! me gusta más la otra.

El cerebro de D. Sergio Candileja, que nunca había sido muy fuerte, empezaba a hacer aguas. ¿Qué estaba diciendo aquél hombre, y qué confusión era aquélla? Porque, por mucho que la aberración humana laborase en la vista y en el gusto estético del corredor de alhajas ¿era posible que llegase hasta aquel punto?

Y Rafael Perales, como si le adivinase los pensamientos, empezó a justificarse de haberse enamorado de un monstruo.

—Sí, sí: yo lo comprendo, mi caso tiene que chocar a todo el mundo, pero fué algo superior a mí. Yo, despreciando conscientemente la belleza física, que tan cerca de mí tenía en la otra hermana, me enamoré del alma de Aurora, que vi desde el primer momento luminosa y resplandeciente, como un brillante de precio..... y usted perdone la comparación. Y es que, eso de que el alma se asoma al rostro de las personas no pasa de ser un cuento indostánico.

—Bueno, ante mí al menos, no tiene usted necesidad de justificarse ni de explicar nada. Aurora, aparte otras razones, debe ser para usted sagrada..... ya sabe por qué.

—Lo es. Pero, en adelante, quiero que lo sea todavía más.

—¿Qué quiere usted decir?

El corredor púsose de pie: Candileja pensó que le iba a repetir el soponcio, pero, el hombre, poniéndose muy grave, y adoptando un tono muy solemne, dijo:

—Yo he venido a Madrid a casarme con Aurora, y yo necesito que usted, D. Sergio, me ayude en la empresa.

Don Sergio quedóse absorto. Absorto más que nada de alegría y de júbilo. Porque la primera idea que al oír a aquel hombre, cruzó por su cabeza, como cruza un gavilán por un páramo, fué lo siguiente:

—¡Qué triunfo para la «Asociación de jóvenes solteras embarazadas»!

Como Perales nada decía, aguardando sin duda una respuesta, el hombre, muy solemne también, le dijo:

—Ese proyecto le honra a usted, y yo desde ahora lo hago mío. ¡Ah, si todos los hombres imitaran su conducta!.....

Pero no juzgó prudente seguir por aquel camino: Si todos los seductores de muchachas imitaran al corredor no habría solteras abandonadas, y la Asociación no tendría razón de ser.

Y si esa Asociación, y otras por el estilo, no existiesen, los que realmente no tendrían razón de ser serían Sergio Candileja y todos sus compinches.

—Lo primero es comunicar su noble proyecto a la marquesa de Ruimoral. ¡Qué alegría va a tener la buena y noble señora!

—Y también habrá que decírselo a Aurora.

—Bueno, eso después; no se preocupe.

—Yo haré lo que ustedes me digan.

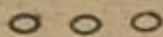
—Es lo mejor: yo me encargo de todo. Véngase usted por aquí mañana a estas horas y, en el día de hoy, no hable a nadie ni vea a nadie.

—Descuide usted.

—Estas cosas son muy delicadas y hay quien con la mejor intención las echa a perder.

—Muy bien, señor. Pues hasta mañana.

—El le guíe.



De muy distinta manera acudía D. Sergio Candileja a visitar en la mañana de hoy a la marquesa de Ruimoral, a como lo hiciera en la última vez.

Entonces iba a pedirla un favor, y de los que más molestaban,—o fingía ella que le molestaban,—a la ilustre dama; hoy en cambio, iba a darle una noticia estupenda, para ella y para la R. A. P. L. etc., etc.

El matrimonio del corredor de alhajas y su seducida, era un éxito para el Asilo y para las ilustres damas que lo dirigían, que, aunque en este caso no habían intervenido para nada en el asunto, cuando llegaba la hora de recoger laureles, allí estaban todas como una sola hembra vanidosa.

Para ellas, como para la casi totalidad del mundo burgués y falsa-

mente piadoso a que pertenecían, el matrimonio era bálsamo que curaba todas las heridas, medicina redentora de todos los pecados aun de los más repugnantes, y no había vicio que con él no se corrigiese, ni deformidad espiritual que no hallase en la Vicaría su aparato ortopédico.

No importaba que el matrimonio se celebrase, por ejemplo, entre un imbécil y una adefésica o entre un jorobado y una hembra de fealdad de monstruo: lo probable era que, de tales uniones, surgiesen unos vástagos, verdaderas piltrafas humanas, futuros actores de crímenes. Ello estaba bien: todo matrimonio era un acontecimiento jubiloso que había que celebrar como un don del Cielo. Convenía mucho que se perpetuase este rebaño de obtusos y de malvados que es la Humanidad actual: ellos llenarían los futuros asilos y los futuros patronatos, y estas cosas sí que convenía que no se acabasen nunca, para que las también futuras marquesas de Ruimoral tuviesen siempre una ocupación en que apacentar sus ocios. Esta gente tiene su Moral, y esa Moral..... es de lo más inmoral que se conoce.

En el despacho de la marquesa no había esta mañana, cuando Candileja penetró, más ser humano,—digámoslo así,—que la Secretaria.

A D. Sergio esta señorita le producía una repugnancia casi tan grande como la que le inspiraba el aceite de ricino. Untosa, aduladora, con adulación vaselinesca, aprovechábase de aquella inclinación de la espalda con que la naturaleza la había adornado, para estar siempre haciendo zalemas ante todo el que pudiera dejar caer un mendrugo.

—Mi querido señor Candileja. ¡Tanto bueno por aquí!

—¡Hola Secretaria! ¿Y ese novio?

La jorobada enrojecía hasta el moño y pedía un poco de piedad.

—¡Por Dios, D. Sergio! No me gaste esas bromas. Bien sabe que yo.....

—Bueno mujer, bueno..... ¿Y la marquesa?

—¿Ahora vendrá? No creo que tarde. ¡Qué alegría va a tener cuando le vea!

—Alegría la que yo le traigo.

—¿Sí?

—Ya verá.

—¿Alguna buena noticia?

—Optima.

—¿Nos aumenta por fin el ministerio la subvención para el asilo?

—Mejor que eso.

—¡Por Dios!

Habría dado un dedo de su mano derecha por enterarse. Era su gran voluptuosidad: olfatearlo todo, enterarse de las cosas antes que la marquesa, su jefe. Para luego cuando ésta le diera cuenta de ellas creyendo descubrirla algún secreto, ir riéndose y regodeándose por dentro. Era su venganza, su mezquina y pueril venganza de jorobada.

Pero D. Sergio, en eso, como en otras muchas cosas, era inflexible. Para amansarle un poco, la Secretaria quiso a su vez brindarle una confianza.

—Pues la marquesa vendrá enseguida. Ha salido ahora mismo.

—Alguna visita reservada.....

—¡Cál! No señor.

Bajó del todo la voz, se acercó, cuanto pudo a Candileja, como quien va a contar un grave secreto de Estado, cuya divulgación lleva aparejada la muerte, y mirando de reojo a la puerta de entrada, dijo:

—Pues, hace un momento se ha visto precisada a salir porque..... ¡está de purga!

—¡Ah!

El insigne filántropo no acertó por lo pronto a decir otra cosa: pero pareciéndole aquél muy poco comentario para tan gran hazaña, agregó, en tono comprensivo:

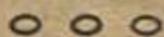
—¡Eso es muy humano!

Por esta vez le falló la estratagema a la Secretaria; D. Sergio no se creyó en el caso de revelar su secreto a cambio de confianza tan preciosa. Tomó de encima de la mesa de su ilustre amiga un folleto de tamaño pavoroso y empezó a pasar distraídamente sus hojas.

El documento se titulaba así: «Resúmen estadístico de los trabajos de propaganda y labor social llevados a cabo en el bienio 1918-1919, por el albergue diurno y casa de adoctrinamiento de jóvenes novilleros arrepentidos».

Eran cien páginas de letra muy pequeñita, y en ellas había señales de haber sido leídas recientemente; impresiones dactilares más o menos cochambrosas, picos doblados, notas marginales en letra de pata de mosca.....

Aquello era obra de la marquesa. Ahora comprendía por qué la ilustre dama había tenido que apelar aquella mañana a un drástico eficaz.



—¡Oh, D. Sergio! No me habían dicho que estuviera usted aquí.

La Ruimoral acababa de entrar en su despacho; traía esa cara alegre que ostentamos siempre después de un recio lavado interior.

—Aquí estoy, marquesa, a los pies de usted, como siempre.

—Perdone que le haya hecho esperar, ¿eh?

—¡Por Dios!

—Me han llamado al teléfono con toda urgencia de la Nunciatura.....

D. Sergio y la Secretaria cambiaron una rapidísima mirada poemática.

—Bueno, y ¿qué le trae a usted por aquí?

—Pues.....

—Supongo que no vendrá usted a pedirme una plaza para otra nueva asilada.....

Rió Candileja con risa de triunfo.

—¡No!

—Porque hoy sí que se llevaba usted un no como una casa.

—Marquesa, bendiga usted siempre la hora en que mi última recomendada ingresó en el asilo.

—¿Pues qué pasa?

—Marquesa, hoy es un día grande para nuestra asociación.

—La salvación acaso.....

—No: ésta salvación nos viene del cielo.

—¡Ay! Hable, hable, hombre de Dios, que me tiene usted en brasas.

—¿Usted recuerda la historia de mi recomendada?

—¿La historia?.... Sí: poco más o menos, la de todas. Un descuido según ellas, un zarpazo del vicio, según yo..... y luego, al asilo a ocultar la falta.

—Bien, pero usted sabe que dentro de ese cliché, que suele en efecto ser el general, hay variantes. Por ejemplo, la mayoría de las muchachas, o ignoran quién es el padre de su hijo, o han perdido la pista del seductor.

—Así es.

—Pero en cambio hay otras que lo saben perfectamente: Aurora es de esas. ¿No le habló a usted de su seductor?

—Sí: me habló, creo que de un corredor de alhajas que estaba en Sevilla. ¡Menuda alhaja estará hecho!

—Es un buen hombre.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Ese corredor estuvo ayer mañana en mi casa.

—¡Hola!

—Se ha enterado de lo ocurrido a la chica y se ha plantado en Madrid..... dispuesto a casarse con ella.

La marquesa dió un salto en el asiento.

—Pero, ¿qué dice usted, Candileja?

—Lo que oye usted, marquesa.

—¡Pero eso sería un triunfo enorme para nosotros!

—Por eso dije a usted que la traía una buena noticia.

—¡Y buena falta que nos hace un triunfo de esa clase! ¡Hace tanto tiempo que en aquella casa no hay ningún milagro de esos!.....

Pero un recuerdo doloroso pareció nublar la incipiente alegría de la noble dama.

—Diga usted, Sergio, ese hombre, ¿tiene temor de Dios?

—Señora, no se lo he preguntado; pero me figuro que sí.

—Lo digo porque no nos vaya a ocurrir lo que con el de Mieres.

—¡Ah! No creo..... Por si acaso tomaremos precauciones.

La marquesa aludía a un suceso lamentable ocurrido tres años antes; presentóse un día en el asilo un obrero de Mieres, y contó a las damas de la junta lo siguiente: años atrás él había cometido una mala acción con una chica, allá en su pueblo, acción que, para aumento del censo, tuvo consecuencias; con el tiempo, la madre y la niña habían desaparecido del lugar, y él cuando fué a buscarlas, acosado por los remordimientos, no pudo encontrarlas en todo Asturias. Su desesperación fué grande, y queriendo reparar de un modo indirecto el crimen de su abandono, se había venido a Madrid, al enterarse de la existencia de aquél asilo; él quería sencillamente casarse con una de las asiladas, borrando así las consecuencias del abandono de otro, ya que las del suyo propio no era posible.

Le acogieron en palmas; le eligieron entre todas las asiladas una moza del campo robusta y temerosa de Dios, que acababa de tener dos cachorros, y se hicieron los preparativos para la boda. La alegría

hizo a todos proceder con excesiva buena fe: se le compró un buen ajuar a la novia, del cual se incautó el novio desde el primer momento. Se le compró también ropa a éste, y además se le entregó una cantidad para que pudiera establecerse en Madrid en su oficio de cerrajero, mecánico y..... llegó el día de la boda.

Todo estaba dispuesto. La capilla del asilo llena de gente, las luces del altar encendidas, la novia vestida. Pero el novio no llegó, y se le esperó inútilmente durante tres horas. Al día siguiente embarcaba en el puerto de Vigo para el Brasil, en unión de su mujer legítima y de cinco hijos habidos en justas nupcias.

Sergio Candileja rechazó el recuerdo.

—Tenga usted presente, marquesa, que éste de ahora viene a tiro hecho: no viene a casarse con la primera que se le ofrezca.

—Por si acaso, bueno será estar prevenidos.

—Desde luego.

—Por lo pronto no se le entrega ni un céntimo hasta que no salga de la capilla, del brazo de su mujer.

—¡Ah, claro!

—Y además, hay que adelantar la boda todo lo posible. Estas cosas no hay que dejar que se enfríen. ¿Supongo que ese hombre no habrá visto aún a la que ha de ser su mujer?

—No.

—Mañana iremos usted y yo con él, y delante de nosotros, que se vean por primera vez.

—Me parece de perlas.

—De la cuestión de documentación se encargará mi secretaria.

—Y lo hará muy bien, porque es una muchacha muy lista.

—De dinero no andamos muy bien, como sabe usted. Pero habrá que hacer algún gasto extraordinario para darle un poco de brillo a la cosa.

—¡No habrá más remedio!

—Si pudiéramos casarlos dentro de un mes.....

—¿Por qué no?

—Eso de las amonestaciones es un entorpecimiento.

—Se puede alègar la urgencia.

—No inventaríamos nada. ¿Usted cree que esa urgencia no existe en realidad? Es muy conveniente que ese pobre ser, cuando venga a este mundo, tenga ya alguien a quien llamar papá.

—Ya sabe usted que siempre tardan algunos meses en decirlo.

—¡Por Dios Sergio! Hablo en sentido figurado.

—Ya, ya.....

—Hoy mismo comunicaré la grata noticia a la Junta de damas.

—¿Por qué no espera usted un poco?

—¿Esperar?

—Lo digo, hasta que se hable con la interesada.

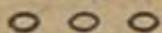
—¿Para qué?

—No, por nada..... Yo no creo que ella ponga ningún inconveniente.....

—¡Hombre, quién sabe! Puede que esté comprometida con el heredero de Yugo-Eslavia.

La marquesa alzó del asiento y pidió permiso a Candileja para ausentarse un momento.

Por lo visto la llamaban otra vez de la Nunciatura.



Al día siguiente, cuando el señor de Candileja comunicó a Rafael Perales que se dispusiera a marchar con él y con la marquesa al asilo, el corredor dijo una cosa que le salió del alma.

—¡Caramba! ¡Si yo lo hubiera sabido!

—¿Qué le pasa?

—No, nada, que hubiera venido con otras ropas más decentes. Precisamente tengo un traje nuevo, y hoy lo hubiera estrenado con mucho gusto.

Y D. Sergio se creyó en el caso de pronunciar una de aquellas frases tan suyas, y que habían logrado su reputación de hombre de talento.

—Lo que usted va a enseñar a su futura esposa no son las ropas sino el corazón: y ese lo tiene usted en muy buen estado.

Alarmado el otro no se atrevió a insistir.

Habían quedado en que la marquesa de Ruimoral pasaría a recogerlos en su automóvil, y aguardaron. Al corredor le emocionaba un poco eso de ir en automóvil con una marquesa por todo Madrid; desde luego le emocionaba más que lo de la boda y todo lo demás.

Cuando llegó la dama a la casa de D. Sergio, al serle presentado el corredor, lo acogió con esa benevolencia un poco desdeñosa con que el grande acoge al pequeño que, habiendo sido algo pecador, ha cometido la ligereza de arrepentirse. Y es que en todo arrepentimiento, hay siempre algo de humillación.

Perales, por su parte, casi llegó a echarse de rodillas ante la que llamaba pomposamente su protectora. A ésta le escamó un poco tanta efusión.

Se creyó en el caso de adoctrinarle.

—Como Aurora nada sabe, espere usted a que yo la hable primero.

—Sí, señora marquesa.

—Como la noticia será muy grata para ella, conviene prepararla un poco.

—Sí, señora marquesa.

—Después, cuando ya nosotros la hayamos hablado, podrán ustedes dos hablar a solas.

—Sí, señora marquesa.

—Este género de conversaciones no están permitidas dentro del asilo, pero el de ustedes es un caso excepcional y habrá que hacer un poco la vista gorda.

—Sí, señora marquesa.

Aquel hombre no sabía decir otra cosa. Si gastaba esa labia para correr alhajas no debía vender muchas.

Ya colocados los tres en el automóvil, el Perales, sentado en uno de los asientos movibles delanteros, quedaba enfrente de la ilustre dama. Y ésta observó desde que el coche arrancó, que aquel sujeto no le quitaba ojo de la parte inferior de la garganta.

— No era Rosalía Ruimoral muy amiga de engalanarse con joyas; tenía las muy buenas, pero las dejaba dormir casi siempre en el blando fondo aterciopelado de su joyero, como para dar al mundo una lección de humildad. Lo que no se le había ocurrido nunca era venderlas y entregar su importe a los pobres.

De cuando en cuando, poníase una, una sola, pero tan magnífica y esplendente, que acaso en su misma soledad, en su mismo espléndido aislamiento, llamaba más la atención que todos los tesoros acumulados en un escaparate.

Hoy se había puesto al cuello una sencilla cadena de platino de la cual pendía una perla gris del tamaño de una piña bien desarrollada. Y Rafael Perales, que hasta entonces no se había fijado en ella, la miraba ahora absorto y con los ojos encandilados.

Tanto, que a la marquesa llegó a llamarle la atención aquel exámen.

—¿Qué mira usted?

El corredor pareció despertar de un sueño.

—Esa perla.

—¿Le choca?

—Es que da la casualidad que, no hará todavía un mes, he vendido yo otra igual en Sevilla a la marquesa de Eritaña.

—¿Igual que ésta?—preguntó la dama con escepticismo.

—Igualita.

—¿No sería algo más pequeña?

—Mas bien un poco más grande.

—¡Caramba!

—Pero falsa.

—¡Acabáramos!

Y, herida en su amor propio, nõ se sabía por qué, dijo con energía:

—No, pues lo que es ésta es buena.

—Ya lo se, señora marquesa. Yo entiendo algo de eso. ¿No ve que es mi oficio?

—Eso sí.

—Las perlas buenas las conozco en el olor.

Hubo una pausa. Al cabo de ella, la marquesa, que se había quedado un rato pensativa, dijo:

—La marquesa de Eritaña..... Es amiga mía. Pero, dígame: ¿esa señora usa joyas falsas?

—¡Anda! Lo que no las quiere son buenas..... Y no es ella sola. ¡Si yo le contara a la señora marquesa!

Desde que hablaba de lo suyo, de su oficio, parecía tener una mayor soltura. El respeto que su protectora le inspiraba, sin aminorarse, parecía tornarse más familiar.

—El año pasado por ahora, a la hija de los Condes de los Cabezones, que se casaba con un inglés de Málaga, le fabriqué yo todos los re-

galos de boda que le hacía la familia, copiándolos en falso de unas alhajas buenas que tenía la abuela de la novia.

—Bueno, pero eso sería como medida de precaución, para evitar robos o pérdidas.

—¡Sí, sí! Conozco la explicación. Pero es que a los cuatro días de la boda me entregaron a mí las alhajas buenas para que las fuera a vender a Córdoba

—¿Y las vendió usted?

—¡A ver! En la mitad de su valor.

—¡Qué pena!

—¡Anda! Y con un canto en los pechos. Ahora, no siendo en Bilbao, las alhajas no se pagan bien en ningún sitio de España.

—¿Y en Bilbao sí?

—Allí sí. Hay mucha gente que no las tiene por tradición y, como poseen dinero fresco, quieren proporcionárselas a toda costa.

—A ver si sabe usted lo que vale esta perla.

—¿Esa perla?..... Tres mil pesetas.

La dama sonrió, halagada en su vanidad.

—¿Me he equivocado mucho?—preguntó el corredor.

—No se: era de mi madre, y no se lo que le costaría en sus tiempos. Yo no he hecho más que ponerla esta cadenita de platino.

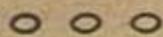
Ya se había olvidado de todo: del asilo, de la boda, de la Asociación y de la caridad. Hablando de aquello no era más que la mujer, el eterno ídolo vacío que necesita adornarse con telas caras y preseas muy brillantes y muy llamativas.

Pero el automóvil se encargó, en su marcha implacable de llamarla a la realidad; había llegado a la puerta del asilo.

Y aún tuvo D. Sergio, que no había desplegado los labios durante todo el viaje, que llamarle la atención.

—Marquesa, hemos llegado.

—Ay, es verdad. ¡Qué corto se ha hecho el camino!



De los tres, el que iba más emocionado era D. Sergio Candileja.

¿Por qué sería aquello? El no era el que iba a casarse, función allí verdaderamente peligrosa; por lo tanto su emoción resultaba un poco absurda.

Acaso fuera porque el insigne filántropo considerase que todo aquello del matrimonio, aquella redención de un alma, mejor dicho, de dos, por medio del sacramento, era obra suya. Imaginábase que todas cuantas personas hubiesen de intervenir en el arreglo y consumación de la boda, no hacían más que obedecer inspiraciones suyas. Esto le ocurría a Candileja en cuantos asuntos intervenía, aunque su intervención fuese meramente la de un espectador un poco intrigado. En eso de considerarse *Deus ex machina*, D. Sergio seguía el destino de todos los sociólogos pelmazos, que creen firmemente que el Sol sale a diario porque ellos lo han acordado así.

A última hora al amigo Candileja habíasele incrustado en el cerebro

una idea que le tenía sumido en una pura mortificación. Difícil le hubiera sido renovarla, pero él se imaginaba que Aurora, cuando le propusieran la boda con el corredor de alhajas, su seductor, iba a decir rotundamente que no.

Y esto, para D. Sergio, suponía la tragedia.

Por eso la emoción le embargaba hasta espasmódizarle la glotis, en los diez minutos,—¡que para él fueron diez siglos!—que estuvieron en la sala de visitas del asilo esperando a que la joven avisada por la Superiora, bajase a entrevistarse con sus amigos.

Rafael Perales, no estaba tampoco exento de emoción, pero en él era de otra índole. La idea de que, dentro de unos segundos, iba a volver a contemplar el rostro feróstico de la mujer a quien amaba, le tenía alterado el pulso. La ausencia,—¡esa gran celestina!—había servido en el corredor para, en una serie de evocaciones, ir reconstruyendo, por medio de superpuestas representaciones imaginativas, aquella faz picuda, de ojos saltones, nariz abullonada y boca de alcantarilla, que Goya habría aceptado gozoso para modelo de uno de sus *caprichos*.

El análisis detenido, minucioso y cualitativo de la fealdad nos lleva a amarle con amor furioso: hay en ello como una afirmación de la propia personalidad que cree santificar lo monstruoso, como Cristo curaba la lepra: con la mirada. Lo que ocurre es que, ante lo feo todos huímos al principio instintivamente, como ante un artículo de ese solterón con obsesiones sexuales que se llama D. Ramiro de Maeztu.

Pero si lo analizamos,—no me refiero al artículo,—si tenemos valor para no huir, lo feo acaba por atraernos de modo imperativo. Ella es la razón de que el hombre que se enamora de una mujer fea llega en ese amor hasta extremos y sacrificios inconcebibles.

Y éste era el caso del corredor de alhajas, que ante la idea de contemplar de nuevo aquella torta de Alcázar, que era el rostro de su Aurora, estaba mucho más conmovido que si le hubieran entregado para correrlas—en el buen sentido de la palabra,—las joyas de la Corona de Inglaterra.

La única que parecía tranquila era la marquesa de Ruimoral.

Al llegar había entrado un momento en el despacho que la Junta de Damas tenían en la casa, y que estaba cercano a la sala de visitas. Nada tenía que hacer allí: se trataba únicamente de efectuar una especie de acto de dominio.

Al salir dijo a Perales:

—¿Qué? ¿Cómo están esos nervios?

—Muy bien señora marquesa.

—¿Cuánto tiempo hace que no ha visto usted a Aurora?

—Pues..... ya va para cinco meses.

—¿Y tiene usted deseos de verla?

—Figúrese.....

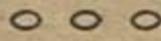
—Pues ya queda poco.

¡Y tan poco! Pasaron unos minutos, y en la escalera que quedaba al otro lado del vestíbulo, se oyeron unos pasos dobles: vamos, como de cuatro pies. Y no es que bajase por ella ningún literato, que a esta especie zoológica ni aún para dar a luz se le admitía en el asilo de la R. A. P. etc. Era que venían hacia la sala de visitas la madre Superiora y Aurorita, la asilada.

La religiosa, mujer de alguna edad, pero de rostro noble y todavía agradable, entró la primera y, haciéndose a un lado en el dintel mismo, dijo a su acompañante:

—Pase usted, hija mía.

Los tres visitantes se habían puesto de pie.



Aurora, o mejor dicho, Blanca,—pero este jeroglífico ya se aclarará después,—hizo un saludo lleno de humilde bondad. Cuando alzó la cabeza y vió que estaba allí, entre la marquesa y Candileja, su cuñado..... de la mano izquierda, no supo qué pensar, y quedóse más blanca que su nombre de pila.

En cuanto al corredor, al ver que la que aparecía en la puerta no era su novia, sino la hermana, pensó, con cierta indignación.

—¿También ésta está aquí? No, pues lo de ésta que no me lo cuelguen a mí.

La marquesa se convirtió desde el primer momento en directora y Presidenta de la trascendental conferencia.

—Acerquése, hija mía. Usted, seguramente, no esperaría encontrar aquí a esta persona.

—No señora.

Y, dirigiéndose al corredor, creyó de su deber saludarle.

—¡Hola Rafael! ¿Cómo estás?

—Bien ¿y tú?

—No sabía que estuvieras en Madrid.

—Vine hace dos días..... ¿Y tu hermana? ¿No va a bajar?

A esto sí que no supo qué contestar la asilada. Su confusión iba en aumento.

Felizmente estaba allí D. Sergio Candileja, el cual, dirigiéndose al inexperto Perales, le dijo casi en tono de reproche:

—La hermana no está en la casa. En el asilo no se admite más que a la que está..... enferma.

Ahora, el que empezaba a hacerse un taco era el corredor.

—Pero, sentémonos,—dijo imperativa la Ruimoral.

Y enseguida tomó de nuevo la palabra.

—Hija mía, ya habrá usted comprendido que cuando este hombre viene a verla a esta casa, y viene además acompañado por nosotros, es porque está arrepentido de algún hecho muy grave que hay en su vida pasada, y del cual fué usted la víctima..... ¿No es así, Perales?

—Sí, sí, señora marquesa.

Aquel hombre; cada vez más atontado por lo que oía, decía que sí como lo dicen esos eternos engañados de las comedias de enredo que, sin explicarse nada de lo que pasa a su alrededor, no se atreven a pedir la explicación.

—A este hombre le ha tocado Dios en el corazón; comprende que lo hecho no tiene más que un remedio, y está dispuesto a aplicarlo rápidamente.

La muchacha no era tan tonta que no fuese comprendiendo vagamente de lo que se trataba. La propia farsa inventada por ella, para sustituir a la hermana y no perder así los meses de pensión que el asilo regalaba, había hecho víctimas a todos los demás, que, después de todo, era lo que ella se había propuesto al urdirlo.

Del que no estaba muy seguro era del corredor. La ingerencia de aquel bruto podía echarlo todo a perder, pues, por lo visto, no estaba enterado, y si lo estaba, no parecía muy conforme.

—Este buen hombre—continuaba la Presidenta—como usted sabe muy bien, es un hombre libre. Usted, Aurora, también lo es, de modo que no hay más que seguir el camino recto, y santificar por medio del sacramento del matrimonio aquella unión pasajera que no fué más que vicio. Eso es lo que hacen las personas decentes y de sentimientos cristianos.

El corredor de alhajas estaba en uno de esos momentos en que el cerebro humano, como si lo hubieran vuelto del revés repentinamente, siente los preliminares de la locura. ¿Qué encerrona era aquélla? ¿Por qué habían tramado aquél engaño, para casarlo con la hermana de la mujer a quien amaba?

La asilada estaba no menos confusa, pero en ella las tinieblas de la confusión tenían al fondo un puntito de luz; al fin y al cabo, poseía la clave de todo aquel lío. Y, más lista y más tranquila, comprendió que la mejor manera de intentar su desenredo era no oponerse a nada por ahora.

Se preocupó, lo primero de todo, de contener con una mirada, y aun con un leve gesto, la protesta que Rafael Perales estaba ya a punto de iniciar. Ayudóle a ello la intromisión de la marquesa, que no dejaba meter baza a nadie.

—¿Estamos de acuerdo?..... Usted no tiene que preocuparse de nada, hija mía: nosotros nos encargaremos de todo. Decidida la boda, lo mejor es celebrarla cuanto antes. El padrino será D. Sergio, y yo la madrina. ¿Qué les parece?

—Señora, ¡por Dios!—dijo la novia.—¡Qué va a parecernos! Agradecidísimos para toda la vida.

El corredor emitió su opinión con un mugido.

—¿Usted—le preguntó la Ruimoral—tendrá todos sus papeles en regla?

—¡Anda! Ya lo creo: de sobra.

—De los de usted, hija mía, yo me encargo.

—Un favor más que tendré que agradecerla.

—Y ahora, como ustedes tendrán que decirse sus cositas—agregó la noble dama entre una sonrisa de miel—D. Sergio y yo nos retiramos al despacho. Ustedes quedan aquí, y durante un ratito, podrán hablar a solas. Hasta luego, pues.

El sociólogo y la..... filántropa, pasaron juntos al despacho inmediato. Sergio Candileja, antes de atravesar la puerta, se volvió, y sin ningún disimulo, lanzó una mirada a la chica y otra a él. La dirigida a él parecía querer decir:

—¡Anda, ladrón! Que buena mujer te llevas.

Lo de que los novios quedaban solos era una cosa muy relativa. Mas bien se trataba de la acreditada soledad de dos en compañía, por-

que una monjita sentada, eso sí, al extremo opuesto de la estancia, comenzó a pasar las cuentas de su enorme rosario. Su presencia allí parecía obedecer al designio de que el programa trazado por la marquesa a los novios, no tuviera imprevistas ampliaciones, y éstos, en efecto, no hicieron más que hablar.

Ambos tenían el deseo y el temor de poderse decir algo sin testigos, y a pesar de la monja, no alzando mucho la voz podrían hacerlo.

o o o

—Bueno, pero..... comenzó él, que era el más impaciente.

—Deja que hable yo primero, porque si no, veo que vas a gastar mucha saliva en balde. Ante todo, ¿tú no has visto a Aurora?

—¡Claro que no! ¿Cómo iba a verla, si creí yo que estaba aquí.

—Bueno, pero si hubieras ido por casa.....

—¿Y a qué iba a ir? ¿A verte a ti? Porque yo creí que eras tú la que estabas en tu casa.

—Hombre, pues no hubieras hecho nada de más con ir a verme. Aunque, desde que hiciste lo que hiciste con mi hermana, no me eres nada simpático, yo.....

—Bueno, dejemos eso si te parece.

—Dejado.

—Yo, al recibir tu carta en la que me anunciabas que iba a ser padre, y que a Aurora la íbais a traer aquí, me puse en camino..... porque yo, otra cosa no, pero buenos sentimientos, ¡vamos hombre!

—Bueno, dejemos eso si te parece.

—Pues digo que al llegar a Madrid me fuí derecho a casa de ese señor Candileja, de que tú también me hablabas. ¿Dónde iba a ir?

—¡Claro!

—El era el que me podía ayúdar en mis proyectos.

—Eso sí.

Rafael hizo un alto en su narrar y, mirando a la chica con picardía, dijo, como quien subsana un olvido:

—Oye, pero y tú, ¿cómo estás aquí? ¿Cómo ha sido lo tuyo?..... ¿te falta mucho?

Ella comprendió al fin, y se indignó.

—¡Pero brutal! Si yo estoy tan limpia de todo como cuando nací.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. ¿Qué te habías figurado?

Perales llevóse la mano a la frente, como para sujetar la cabeza que se le iba.

—Mujer, no te ofendas, pero yo tenía entendido que para ingresar aquí como asilada, hacía falta estar.....

—Pero es que aquí creen todos que yo lo estoy.

—¿Por qué?

—Ya te he dicho antes que me dejes hablar hasta el final, porque si no te vas a volver tonto.

—Sí hija, sí tienes razón. Habla.

—Bueno, ante todo he de decirte una cosa que no se cómo te sentará.

—¿Qué es ello?

—Pues que Aurora ya..... no hay de qué.

—No te entiendo.

—Que por lo menos de esta hecha, yo no tengo sobrinos.

El corredor abrió unos ojos de espanto.

—¿Pues qué ha pasado?

—Ya puedes figurártelo.

—¿Pero qué ha hecho ella? ¿Por qué ha sido tan criminal?.....

Porque eso es un crimen que está castigado en las leyes.

—¡Eh, alto ahí! Que mi hermana no es de esas. Ella, la pobre, no ha hecho nada; tampoco se lo hubiera yo consentido. Fué la naturaleza. El mismo día que nos dieron la noticia de que tenía plaza aquí, tuvo un alegrón tan grande que..... Tú ya sabes que las emociones fuertes son muy malas en esos casos.

—Eso dicen.

—¡La pobre! Quedó destrozada.

—Perales se dió un puñetazo en los muslos, y dijo:

—Yo me vuelvo a Sevilla ésta misma noche.

—Pero, ¿por qué?

—¿Para qué quiero yo ya casarme, ni quiero nada?

—Vamos, hombre, cálmate.

—¡Cálmate!..... ¿Por qué no me dijiste en tu carta lo que pasaba?

—Porque cuando la escribí aun no había pasado nada.

—¡Es un fastidio, mujer! Compréndelo.

—Sí lo comprendo. Pero comprende tú también que nadie ha tenido la culpa.

Hubo una pausa, que a la monja que rezaba el rosario chocó muchísimo. Perales, anonadado, más que calmado, preguntó a Blanca:

—Bueno, y tú, ¿por qué estás aquí?

—Pues hombre, muy sencillo. Tú ya sabes cómo vivimos nosotras: al ocurrirle a Aurora esa peripecia, eran tres meses de casa y comida gratis que se evaporaban. Entonces yo, al verla ya a ella fuera de peligro, pero no en condiciones de venir aquí, me he hecho pasar por ella, y aquí me tienes.

—No está mal. Pero comprenderás que algún día se tienen que enterar.

—No sé por qué.

—Y aunque no se enteren, algún día tienes que salir de aquí.

—Eso sí.

—¿Y cómo te las vas a arreglar?

Y ella, con toda naturalidad, como quien confía en la sorpresa para iniciar un éxito, dijo:

—¿Qué cómo voy a salir de aquí? Ya lo has oído: casándome contigo.

El sonrió, no sospechando el alcance que ella daba a lo que decía.

—Tiene gracia.

—Que esta gente nos casa es viejo. No los conoces tú.

—Ah, bueno, pero en cuanto se les diga la verdad.....

—¿La verdad?..... ¿Y quién se la dice?

—Tú misma.

—¿Yo?

—¡A ver!

—Sí: tienes razón. Así también saldría; solo que, en vez de irme a mi casa, iría a parar desde aquí a la cárcel de mujeres.

—¡No se por qué!

—¿Qué no lo sabes? Pues por falsedad, por haberme hecho pasar por otra persona, por haber apelado al engaño para estar comiendo aquí la sopa boba..... No me lo perdonarían. Te digo que no conoces a esta gente.

Blanca, a medida que hablaba, íbase formalizando cada vez más.

—Bueno, pero oye, eso quiere decir, en serio, que no tenemos más remedio que casarnos.

—O ir yo a vivir a la calle de Quiñones.

—¡Pero esto es tremendo!

—Tú dirás sí, después de haber hecho con una de las hermanas la canallada que hiciste, quieres ahora encerrar en un presidio a la otra.

—¡Es para volverse loco!

—Te advierto que a mí no me hace ninguna gracia lo de la boda.

—¡Pues a mí me hace reventar de alegría!

—Comprenderás que cuando yo me metí aquí no me podía figurar que a ti se te hubiera ocurrido casarte con nadie.

—Ya hija, ya.....

Otra pausa. Blanca endulzó el tono de su voz.

—Vamos hombre, que la cosa no es tan disparatada. Podemos hacer una boda en broma: algo así como si les tomáramos el pelo a esta gente beata.

—No te entiendo.

—Muy sencillo. Al salir de la capilla y del asilo; ya casados, nos separamos en la puerta y no nos volvemos a ver más en la vida. Claro que yo seré siempre tu mujer y tú mi marido, pero ¡eso qué importa!

—¡Friolera!

—Cuando se está de común acuerdo, todo puede hacerse en este mundo.

—¡Pues es un programa!

—Además, ¿no has dicho tú antes que, no existiendo el hijo, no te interesaba casarte con mi hermana?

—¡Claro! Ni con ella, ni con nadie.

—Si yo te pidiera que renunciases a ella para casarte conmigo, haría muy mal. Pero si tú ya has renunciado.

—Discurriendo así va a resultar que tienes razón.

—No, si yo no quiero tener razón. Yo te pido que te cases conmigo para librarme de ir a la cárcel. De tu brazo puedo yo salir de aquí dentro de un mes sin tener que justificar nada. De otro modo..... hay cosas que acaban bien o acaban mal; no se puede fingir.

—Ya, ya te entiendo.

—¿Que la boda supone para tí un sacrificio? Pues acéptalo en pago de la charranada que la hiciste a la pobrecita de mi hermana, que ningún mal te había hecho. ¡Al contrario!

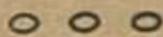
—Bueno, cállate, porque vas a terminar por volverme loco. ¡Maldita sea la hora en que se me ocurrió venir a Madrid!

—¡Qué exagerao!

Pero el diálogo iba; por lo visto; a terminar. Oyose ruido en la habitación inmediata y a poco, la marquesa y D. Sergio se presentaron en la sala de visitas.

Aun tuvo tiempo Blanca para decir a Perales:

—Haz el favor de no meter la pata. Tú di a todo que sí; en último caso, tiempo habrá de deshacerlo todo.



A diario recibía D. Sergio una porción de papelotes: folletos, memorias, invitaciones para asistir a conferencias más o menos latosas, opúsculos de propaganda.....

Era incalculable la cantidad de todo ello que circulaba a diario por Madrid: verdaderas montañas de papel impreso que unos señores se encargaban de llenar con noticias y cosas que a nadie interesaban, y que otros señores de su misma calaña recibían y archivaban..... sin leerlos casi nunca. Era un intercambio fútil convenido entre la legión de los pelmazos, para hacerse la ilusión de que trabajaban en beneficio de la Humanidad.

Una mañana, al ponerle el secretario encima de la mesa del despacho un regular montoncito de aquellas facecías, el buen Candileja fijóse en la que, sobre la bandeja, había quedado encima de todas.

Era un sobre muy grande, de un color agarbanzado, cerrado en su centro por un precioso sello de lacre morado que, así a primera vista, le daba aspecto de paquete de bombones.

El sociólogo lo tomó en sus manos con cierta complacencia golosa: en el ángulo superior de la izquierda, y bajo una crucecita rodeada de un nimbo, se veían estas tres letras mayúsculas: A. P. C.

Dentro, en la carta, se explicaba la cosa aún mejor: en un membrete, también morado, se ampliaban aquellas letras: «Asociación de padres católicos.» Conocía *aquello* el bueno de D. Sergio, y alguna vez habíase relacionado incidentalmente con la benemérita institución. No por ello chocóle menos el contenido de aquella misiva.

Decía así:

«Sr. D. Sergio Candileja.

Ilustre Patricio: en nombre del Comité ejecutivo de la «Asociación de padres católicos», tengo el honor de dirigirme a usted para comunicarle, que habiendo quedado vacante en dicho Comité la plaza de vocal segundo por fallecimiento de nuestro nunca bastante llorando asociado D. Cayetano Rigudío, ha sido usted designado para sustituirle en dicho cargo.

Los relevantes méritos que concurren en su insigne personalidad, la meritoria labor por usted llevada a cabo en orden a estos problemas de educación moral y social, y el merecido prestigio de que goza entre cuantas personas se ocupan de estas cuestiones, ha movido a nuestra Asociación a suplicarle nos honre con su colaboración activa.

Esperando las gratas noticias de su aceptación, se declara, en nombre de este Comité S. A. S. S. Q. L. E. L. M.

Obdulio Prado Seco.

Candileja leyó la carta dos veces y, casi en voz alta, dijo:

—No puede ser. Debe tratarse de una equivocación.

Aquellos padres católicos que daban nombre a la famosa entidad no eran padres en el sentido eclesiástico o frailuno del vocablo: lo eran, —ya lo habrá adivinado el lector,—en el significado garrón de la palabra. Casi todos sus miembros habían padreado por lo menos una vez en su vida. Tenían hijos, y aunque pudiera darse el caso—en alguno de ellos se daba de fijo,—de que tales vástagos, por un descuido de su mujer, no tuvieran del padre más que el apellido, era lo cierto que oficialmente, el socio de la A. P. C. tenía acreditada su condición de semental.

El fin confesado de la Asociación, era el de velar por la pureza de las costumbres públicas, evitando que en espectáculos, periódicos, libros y..... calles y paseos, se ofendiese a la moral de la juventud, abriéndole los ojos antes de tiempo. Fin nobilísimo y digno de loa, ya que nada hay tan repugnante como el delito de corrupción de menores, como no sea el de querer enmendar la plana a la naturaleza.

Pero,—¿qué villana condición de lo humano es ésta que hace que aun los hechos más nobles hayan de tener un pero?—por bajo de ese fin confesado y aparente, la inmensa mayoría de los asociados perseguía otro muy distinto, aunque concomitante. No se hablaba de él nunca, ni aun indirectamente se le aludía en conferencias y conversaciones, pero él era el arma de la institución y, en las reuniones del Comité parecía revolotear por encima de las cabezas del Presidente y demás miembros ejecutivos.

De lo que allí realmente se trataba, era de que los jóvenes de veinte años, sin espectáculos, sin lecturas y sin..... locales donde saciar las veleidades de su imperativo categórico, se refugiasen en el asilo del matrimonio, como se refugia el caminante en una cueva de ladrones para huir del granizo o del rayo con que le acosa la tormenta.

Y esto no es una vana malicia mía, lector querido. Un miembro de la A. P. C., espíritu algo libre y escéptico,—¿en qué jardín, por bien cuidado que esté, no apunta a veces la cizaña?—había confeccionado en sus ratos de buen humor una estadística ejemplar: con arreglo a ella, el ochenta y cinco por ciento de los asociados de la A..... etc. eran padres de hijas casaderas, y el setenta por ciento de estas chicas eran de un feo que deshipaba y, además, no tenían una peseta. Es decir, que no habían sido dotadas ni por la Naturaleza ni por sus papás.

La asociación habíase fundado hacía unos diez años, y al agudizarse en éstos últimos la crisis del matrimonio, una crisis que había hecho nacer telarañas en las oficinas de la Vicaría, los padres católicos arrieron en su campaña. Había que cerrar la mayoría de los teatros, ha-

bía que perseguir los periódicos y libros jocundos, había que mandar extramuros a las perversas rídiculas de la prostitución callejera.

El alma de la A. P. C. podía decirse que era un alma tripartita: la formaban, el insigne sociólogo Fernández Rasilla, el ilustre prestamista Gomera y el senador vitalicio D. Aquiles Pérez Macoqui. Los demás asociados lo eran en su mayoría pasivos: apuntados por compromiso de amistad en las listas de la asociación, como podían haberse apuntado para un banquete o para una suscripción.

¡Pero aquél triunvirato!

Fernández Rasilla era un catedrático de latín de cierta Universidad provinciana, que, sin dejar de serlo, se las había arreglado de manera que llevaba veinticinco años residiendo en Madrid. Entre sueldos, comisiones, gratificaciones y demás raterías, cobraba al año del Estado más de lo que importaba construir un acorazado, y era, sin duda por eso, el primero de nuestros sociólogos. De una fealdad de estatua mutilada, tenía tres hijas solteras, las cuales habían heredado tan en serio las facciones adónicas del padre, que de ellas se contaba un episodio tremebundo: cierta noche que en el teatro de la Zarzuela se daba un espectáculo de circo, a base de unos leones africanos, ocurriósele a Rasilla ir a una platea con sus tres chuchos; llegaron a la localidad en el momento en que el teatro estaba a oscuras por estarse proyectando una película que servía como de prólogo a la función, y, cuando terminada aquélla, se dió la luz en la sala, el público se fijó en la platea ocupada por la *menagerie* del sociólogo, y echó a correr todo entero hacia la calle dando alaridos de terror. Había creído que los leones se habían escapado de la jaula e instaládose tranquilamente en aquel palco.

El prestamista Gomera habíase visto a las puertas del presidio unos años antes. No fué por practicar ninguna obra de caridad, pero aunque el asunto era infame de verdad, logró librarse de él a raíz de una confesión con un padre jesuíta. Su agradecimiento fue leal y su arrepentimiento sincero: con terrores de hereje medioeval arrepentido se acogió a la Religión, y su fanatismo tornose muy pronto en agresivo y militante. Veía al mundo como una ciega sin Dios y sin Fé, y se propuso contribuir a salvarlo; para ello le parecía el medio mejor perseguir las impiedades de «La hoja de Parra» y aniquilar las gracias revolucionarias y disolventes de «La Corte de Faraón» y de «La alegre trompetería».

El senador vitalicio Aquiles Pérez Macoqui, era sin disputa el caso más pintoresco del triunvirato. Casado, pero sin hijos ni hijas a quienes matrimoniar, estaba aquejado desde hacía luengos años de una prostatitis formidable: en él, el odio a lo libertino y sexual tenía un origen claramente patológico,—no quiere ésto decir que a sus dos compañeros no les pasara algo de eso,—y compartiendo su vida entre el Senado y la consulta del usólogo, cada vez que salía de alguno de esos sitios y pasaba por una librería, deteníase investigador ante el escaparate, y a poco que un título o una portada le pareciese liviana incitación al pecado, penetraba en el local y echaba un sermón al dueño o a los dependientes.

Eran estos tres anabaptistas los que ahora llamaban a su seno a D. Sergio Candileja para que les ayudase a continuar reformando y mejorando el mundo. A él todas estas cosas en que se actuaba un poco

de Providencia y de representante de la Bondad Suprema en el mundo, le parecían muy bien.

Pero la cosa tenía un pequeño inconveniente: él era viudo y no había sido nunca padre. ¿Cómo, pues, podía pertenecer al elemento director de una asociación de padres católicos?

De aquellas dos cosas, él no tenía más que lo de católico.

Por eso pensaba que, indudablemente, debía tratarse de una equivocación.



La capilla del asilo de L. R. A. P. L. C. I. R. D. Y. S. E. parecía hoy mucho más de confitería que de costumbre.

Ya de ordinario tenía un sabor, y sobre todo un color, de chantilly, mezclado con crema, que endulzaba mucho las plegarias. El blanco brillante de sus muros, el dorado purpurina de sus altares, de sus candelabros y de sus retablos, el escarchado del fondo de algunas hornacinas, todo contribuía a formar aquella impresión de pastelería elegante que llegaba a sugestionar de tal modo, que al entrar en su recinto sagrado y mojar los dedos en las fuentes del agua bendita—verdaderas fuentes de postre de cocina—se llevaba uno la punta de ellos a la boca antes que al frontal, creyendo haberlos mojado en almíbar.

Hoy, día señalado para la boda de la asilada Aurora Pancorbó, y el honrado hombre de negocios Rafael Perales, aquella atracción dulce y dialéctica parecía haberse intensificado.

Sobre el blanco y oro de siempre, caían ahora, a modo de madejas de huevo hilado, unas guirnaldas que, partiendo de la cornisa que rodeaba el altar, iban a desmayarse en la alfombra del presbiterio. Las hojas fofas y un poco endurecidas del gran misal, parecían de hojaldre, y los ramilletes de primorosas flores de papel instalados con profusión a un lado y otro de la imagen de Nuestra Señora del Buen Parto, patrona de la casa, no hubieran hecho el ridículo como remate de una tarta o sirviendo de marco a una caja de mazapán de esas de alto relieve.

Y el sacristán que andaba por entre todo aquello dando los últimos toques, parecía una de esas avispas, candidatos a la albuminuria, que se cuelan a lo mejor en los escaparates y en las vitrinas mejor cerradas, y van probando de todo un poco, dejando a cambio encima de casi todo unas levísimas motitas deyectivas, que luego los chicos golosos toman por anises.

La boda había sido un hecho desde el primer momento. Rafael Perales la había aceptado como se acepta algo fatal, a cuyo imperio es inútil revelarse. Y la chica, por su parte, vencedora en el desarrollo de su trama, irradiaba felicidad por todo el cuerpo.

—Todo lo doy por bien empleado con tal de llegar a ésto, decía en aquellos días a las enfermeras y compañeras del asilo.

Nunca había mirado ella el matrimonio como una panacea contra todos los males femeninos. Acaso fuese porque su propia esplendente belleza le garantizase en cierto modo el poder contraerlo en buenas condiciones, siempre que seriamente se lo propusiesen.

Pero ahora, al verlo allí al alcance de la mano, experimentaba esa satisfacción del que logra lo que muchos desean, aunque él mismo no lo halla deseado con mucho calor, por lo menos aparentemente.

Mientras se vestía, la mañana de la boda, decía a la enfermera que la ayudaba en la faena:

—¿A que no sabe usted en qué estoy pensando:

—¡Qué se yo!

—En que no dejaría de tener gracia que me ocurriese a mí lo de aquella que se iba a casar con el de Mieres.

—A usted no puede ocurrirle.

—¿Por qué?

—Por que a su novio lo tienen medio secuestrado entre la marquesa y D. Sergio. El no lo sabe, pero en el portal de la casa en que vive le han puesto un hombre que, cuando sale a la calle, lo sigue a todas partes.

—¡Ay que ver lo que hay que hacer con los hombres para que se casen!

Iría al altar vestida con un sencillo vestido negro. Su estado *oficial* no permitía pensar en telas blancas ni en flores de azahar. Y al ponerse aquella especie de sayal de penitente, la asilada tuvo quizá su único movimiento de protesta en el desarrollo de toda aquella comedia. ¿Por qué no había de ir ella a casarse vestida de pureza, ya que en su alma no se había deshojado todavía ninguna flor?

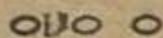
Aurora, o sea Blanca para las gentes del asilo, había sido invitada a la boda de la hermana. Era otra resignada. Cuando, días antes, llamada por ella, acudió a visitarla y se enteró de todo, hizo el mismo gesto de renuncia de toda persona que se entera al mismo tiempo de lo que ha estado a punto de ganar, y de haberlo perdido.

Porque Rafael Perales no había querido ir a verla.

—Tengo miedo a que aquella cara tan fea que yo adoro tanto, me haga olvidarme de todo y faltar a mi palabra.

Y ella, a su vez, tenía miedo ahora a verlo por primera vez ante el altar, recogiendo en la suya la mano de otra mujer. Solo por ello tuvo un momento de duda. ¿Iría a la ceremonia?

Pero acabó haciendo de tripas corazón, y desde muy tempranito, ocupaba en la capilla un reclinatorio de los de primera fila.



Los futuros esposos se reunieron en la misma sacristía. En ella estaban también la marquesa de Ruimoral, todas las señoras de la Junta, y D. Sergio Candileja.

El corredor de alhajas, acordándose de que lo era, había regalado a la novia una soberbia presea: se trataba de un patito, todo en brillantes, de cuyo pico pendía una rama formada por cinco perlas, ¡Delicadísimo!

El por su parte se había engalanado bien: alfiler de corbata, cadena de reloj con su colgante en forma de pito, y sus buenas tumbagas sembradas materialmente por los dedos de ambas manos. No habrá que decir que todo ello, así como el patito silvestre de la novia, era also, de una falsedad al ácido carbónico.

—Aquí lo único que hay verdadero— decía el novio a cuantos se resignaban a oírle—es mi cariño hacia ésta y mi honradez.

Sin duda, para atestiguarlo, habíase vestido de chaqué. Un chaqué verde ceniza que era una alhaja más. El no podía olvidar que, al fin y al cabo, venía a casarse con una señorita. Si se hubiera casado con una vendedora de legumbres habría venido de blusa, y si su futura hubiese sido una golfa del arroyo, se habría presentado en cueros. ¡Congruencia!

No provocaremos la fatiga mental del lector contándole toda la ceremonia. Los novios entraron en la capilla a los acordes de un fado, que dejó oír el armonium. El capellán del asilo dijo la consabida plática, y ésta fué la parte menos ingravida del acto.

Ocurría que el venerable sacerdote, como Demóstenes, era tartamudo, y ello le obligaba a detenerse en algunas sílabas mucho más de lo que la discreción aconsejaba, sobre todo tratándose de una ceremonia nupcial. No se puede decir impunemente, ante dos sujetos que van a contraer el sagrado lazo, aquello de

—El marido no debe olvidar nunca a..... a..... a..... aquello de que to..... to..... toda mujer es una ca..... ca..... ca..... caja cerrada que él con sus manos ha de abrir.

Y no deja de estar llena de peligros, cuando se hace en esa forma intermitente, aquella otra advertencia a la esposa que San Pablo considera esencial:

—La mujer debe siempre tener presente que el esposo man..... man..... manda en ella y que ella le debe obediencia y le debe abrir hasta el fondo de su pe..... pe..... pe..... pensamiento.

Aparte estas anfilogías, el sacerdote estuvo muy bien, y la asilada y el corredor de alhajas quedaron unidos en perpetuo e indisoluble lazo.

Y en el momento en que el Ministro del Señor hacía sobre ellos la señal de la Cruz, resonó en la capilla un alarido terrible, seguido de la caída de un cuerpo, que vino a tierra

Como corpo morto cadé.

Se volvieron todos y acudieron en auxilio de la persona caída, las más próximas o las menos timoratas.

Era Aurora, la auténtica, la fea, que al ver al padre de su exhijo convertido en marido de su hermana, y por tanto, en cuñado suyo, y en tío de su propio hijo si éste hubiera llegado a nacer, se armó tal lío, que el cerebro le estalló y, el estallido dió con ella en tierra.

Como la ceremonia, en realidad, había terminado, los nuevos esposos acudieron también a socorrer a la enferma.

—¡Pobre hermana! ¡Si no ha debido venir! Si desde que tuvo el sarampión, a ella estas cosas la impresionan mucho.....

Rafael Perales, no decía nada, pero lloraba, dejaba resbalar por sus mejillas unas lágrimas que nadie, ¡ni aun el propio interesado! se encargaba de enjugar.

—¡Pobre Aurora! — pensaba. — La verdad es que a la mujer que nace fea, debieran tirarla al río.

Aquella consideración del corredor no era un vago devaneo filosó-

fico. Era, simplemente que, minutos antes, al sentir en la suya la mano de la que iba a ser su mujer, al darse cuenta total de que aquel cromó femenino iba él a poder pegarlo en su album en cuanto salieran de la capilla, la sangre le dió un vuelco, y se olvidó del rostro de Aurora, que estaba allí, a un metro de sus espaldas.

¡Y ahora, al verla allí, tirada por el suelo, echando baba por la boca y con los ojos en disputa, le cruzó por la mente la idea de que bien estaba lo hecho: él había sido un primo hasta entonces, y para contraer matrimonio con una damajuana con viruelas, siempre estaba un hombre a tiempo.

La sincopada volvió en sí en la sacristía, y la marquesa de Ruimoral, al ver que aleteaba, le preguntó con solicitud de madre:

—¿Quiere usted que le den los óleos, hija mía?



Han pasado tres meses.

A don Sergio Candileja le han brotado en la barba cinco pelos blancos, y el Gobierno le ha obsequiado con otra gran cruz.

Desde hace setenta días, el ilustre patricio es vocal primero del comité ejecutivo de la «Asociación de Padres Católicos». La cosa se había arreglado a maravilla.

Al recibir por escrito el nombramiento, Candileja escribió a su vez una carta en la que venía a decir que lo agradecía muchísimo y que se consideraba brutalmente honrado con él, pero que no podía aceptarlo por la sencilla razón de que él no era padre, y como no era cosa de a sus años ir pensando en ponerse en condiciones para el cargo, pues..... que nombrasen otro.

Aquella respuesta ingénua como un epitalamio,—como un epitalamio fracasado,—llevó un poco de confusión al ánimo del triunvirato que mangoneaba en la Asociación. Tanto Rasilla como Macoqui y Gómera, querían recordar vagamente que Candileja estaba, o había estado casado: lo que desde luego ignoraban, es que como perpetuador de la especie había hecho el ridículo.

Se discutió el caso y, el secretario, aquel Obdulio Prado Seco al que de continuo despedían los pies un mortal hedor a embuchado putrefacto, se encargó de hallar la solución.

¿Existía por ventura algún artículo del reglamento de la institución que exigiese concretamente la condición de ser padre de familia, para ingresar en ella? ¿Tenía hijos el propio señor Pérez Macoqui?

Al aludido, el ejemplo le pareció una impertinencia, pero el secretario siguió impertérrito reforzando su tesis con nuevos argumentos. En la lista de asociados había algunos solteros, y todo el mundo sabía que el insigne duque del Maestrazgo, uno de los grandes prestigios de la asociación, aunque casado con una mujer muy guapa, ni era padre ni podría serlo nunca, a consecuencia de una sensible operación quirúrgica que habían tenido que hacerle a raíz de un accidente ferroviario sobrevenido en el viaje de novios.

En vista de todo ello se acordó hacer una gestión cerca de don Sergio Candileja, exponerle todas aquellas razones, y tratar de convencerle para que aceptara el cargo.

Y una mañana se habían plantado en el severo despacho que ya conoce el lector, los tres insignes varones.

Candileja quedó alarmado.

—Pero ¿qué pasa hoy en mi casa, para que se me entren por las puertas tanto talento y tanta nobleza?

—Benevolencia, benevolencia de usted, por lo que a mí se refiere, —dijo Fernández Rasilla, enseñando unos dientes que no se habían lavado nunca.

—¿Pues qué diré yo?—acentuó Macoqui.

Y Gomera, el prestamista, con gesto y voz de inquisidor visionario, agregó:

—No nos lisonjee usted, señor Candileja, y préstenos en cambio todo su concurso para acabar de una vez con esta pestilencia del vicio y de la corrupción, que amenaza dar al traste con toda la armazón social.

Un poco asustado hubo de responder el dueño de la casa:

—Para luchar con esos enemigos ya saben ustedes que yo siempre he estado dispuesto en cuerpo y alma.

—De eso se trata, querido Candileja, —dijo Rasilla, que hablaba siempre muy deprisa y echando una continua pulverización de saliva.

—Necesitamos que se venga usted con nosotros a la asociación. Toda labor es poca, porque no tiene usted idea de la batalla que tenemos entablada.

—Lo sé, lo sé.....

Y el hombre, tímidamente, expuso sus reparos.

—Yo únicamente les he dicho, que no siendo yo padre de familia, acaso usurpe un puesto que cualquiera podría desempeñar con más conocimiento de causa que yo. Mi situación social con respecto a.....

No le dejaron terminar. Los tres a la vez empezaron a aplastarle con los argumentos que antes les había servido el secretario sin olvidar el de la operación quirúrgica del duque.

Este último, sobre todo, hizo un gran efecto en el ánimo de Candileja; afortunadamente, aquél no era su caso; pero en la práctica ¿no tenía él algunos puntos de contacto con el desventurado duque del Maestrazgo?

Estaba abrumado, y en medio de aquel anonadamiento, comprendió que aquellos señores tenían razón. ¿No estaba la vida llena de sacrificios? Pues uno más ¿qué importaba?

Y aceptó el cargo de vocal primero de la A. P. C.

o o o

—¡Canalla! ¡Mal hombre!

—¡Infame! ¡Mala bestia!

—¡Asesino! ¡Si me vuelves a dar otro golpe como éste en el ojo, te juro que te corto el cuello.

—Muérdete tú la lengua antes de decir lo que has dicho.

• —Maldita sea la hora en que entraste por primera vez en el asilo, charrán!

—¡Mía si se me hubiera torcido un pie en la estación de Sevilla, al tomar el tren!

—O los dos.

—Mucho mejor.

—Eres el verdugo de dos hermanas.

—Provincia de Sevilla.

Ella no se percató del gracejo.

—Primero deshonraste a una para toda la vida, y ahora, por lo visto, quieres acabar con la otra a fuerza de disgustos.

—Contigo no acaba ni un camión del Metro.

—¡Así te coja a tí uno y te parta el corazón!

—¡Calla, embustera!

—¡Corredor de piedras falsas!

—Por eso te he corrido a tí.

—¡Hospiciano!

—¡Garduña!

Blanca Pancorbo y Rafael Perales, que no eran otros los que así se floreaban, estaban todavía en la luna de miel. Así lo habrá comprendido el lector.

Seis meses habían pasado desde el día de la boda, pero ellos, efusivos de suyo, habían ido prorrogando la susodicha luna, que por lo visto iba a ser eterna, efecto del gran cariñazo que se profesaban.

Porque todo aquel diálogo, un poco duro, no era más que cariño. Por lo menos eso se decían ellos cuando luego después hacían las pases.

—¡Negra!

—¡Chato!

—Pues si no fuera porque te quiero, me tendría todo sin cuidado, y en vez de ponerme así, cogería el sombrero y me marcharía a la bendita calle.

—¡A ver!..... Es lo que yo digo; yo no me he puesto así nunca con ningún hombre. ¿Por qué? Porque no he querido a ninguno.

—¡Y que lo digas!

—Y tú que lo oyas.

—¡Gitana!

—¡Rey de los diamantes!;

Gracias a cien duros que la caja del asilo había facilitado al matrimonio el mismo día de la boda,—pero después de ésta,—Rafael Perales había instalado una joyería de portal en la calle de los Irlandeses; el negocio no era ningún asombro, porque la citada calle, ni por su situación, ni por su vida, era la más apropiada para que un joyero instalado en ella le hiciera la competencia a Ansorena.

Además, el surtido en joyas no era tampoco muy espléndido; algunos rosarios de metal, crucecitas y sortijas de oralina, sonajeros, cadenas de reloj..... Lo mejor de la casa era una gran sopera de plata repujada, que ocupaba durante el día casi todo el diminuto escaparate, y, que Perales afirmaba muy seriamente haber pertenecido a la vajilla de Felipe Segundo, en el Escorial.

Por las noches, Blanca llevaba la alhaja histórica a la cocina y guisaba en ella una suculenta sopa de almejas, que era el alimento predilecto del matrimonio; y al día siguiente, bien fregada y pulida, ocupaba

otra vez su puesto de honor en el escaparate, esperando que se presentase el generoso comprador.

El matrimonio vivía de lo poco que en la tienda se mercantileaba, de algunos ahorrillos que tenía el marido, y sobre todo, del sueldo y propinas que éste se ganaba a diario acudiendo tarde y noche como acomodador al teatro más popular de la barriada.

Con todo ello, administrado con orden, había para que vivieran al día dos personas que no estuviesen tocadas de sibaritismo. Lo malo era que muy pronto, dentro de tres meses, aquellas dos personas.... iban a ser tres.

Blanca, cumpliendo con su deber, se disponía a ser madre; y Rafael que había tenido una sincera alegría al enterarse hacía algunas semanas, llevaba ya una temporada pensando como taparía él en el porvenir aquella nueva boca que había que suponer no se contentase con llorar al venir a este mundo.

A la futura madre, en cambio, no la preocupaba lo más mínimo semejante problema. Creyente fervorosa del viejo mito, según el cual toda criatura humana al nacer viene con un pan falto de peso debajo del brazo, pensaba en todo menos en lo que habría de comer el chaval o la chavala que alegrase el hogar con su venida. Y confiada, despreocupada, comenzó con mucha anticipación los preparativos de ropa y demás efectos.

Aurora visitaba muy poco la calle de Irlandeses. Desde la boda de la hermana, vivía completamente sola, y Blanca, para indemnizarla un poco del destrozo que entre todos habían causado en su vida, había tenido la generosidad de dejar para ella sola toda la modesta pensión con que antes se alimentaban las dos.

Cuando la fea entraba, muy de tarde en tarde, en casa de sus hermanos, pasaba positivamente un mal rato: esto hacía que espaciara sus visitas todo lo posible. Sin llegar al ataque de nervios, como en la iglesia la mañana de la ceremonia, notaba un malestar físico, como una punzada muy fuerte que se le fijaba en los aledaños del hipocondrio.

Y no eran celos. Los celos, si alguna vez los tuvo, habían muerto ya en ella. Era tristeza, congoja, algo gástrico quizás, nacido, más que de ver con otra al que había sido su hombre, de comprobar con certeza cada vez mayor, que ese hombre ya no sentía por ella más que compasión, y su miaja de asquito.

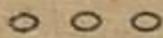
Al enterarse de que Blanca iba a ser madre y, por lo tanto, ella, la propia Aurora, iba a ser tía, no supo si alegrarse o entristecerse aún más. Sí le pareció que lo que viniese, por un extraño capricho de la naturaleza, iba a ser hijo de los tres.

Y aun, si era verdad que las almas jamás se pierden, nada tendría de extraño que el almita sanguinolenta que ella dejó escapar por su cuerpo abajo hacía ya algunos meses, se hubiese refugiado ahora en el cuerpo del que iba a nacer, cansada de vagar cesante por los espacios.

Acaso por ello, las raras veces que entraba en casa de la hermana, al sorprender a ésta cosiendo pañales o adornando gorritos, echaba también Aurora una mano a la labor, y no por simple entretenimiento, sino como quien cumple muy a gusto un deber.

Si estando las dos hermanas en ello entraba Rafael, procedente de la calle o de la tienda, al verlas, decía burlón:

—¡Anda la osa! ¡Pues ni que se tratase de vestir a un colegio de párvulos!



Las dignas damas que componían la junta de señoras del asilo de la R. A. P. L. C. etc., etc., no gustaban mucho de seguir sus relaciones con las asiladas, una vez que éstas, ya soltado el paquete, se marchaban del asilo.

Eran unas sabias las dignas damas, pues como las acogidas eran gente pobre, no había que esperar de ellas en el porvenir más que lo que por lo común, suelen dar los pobres a los ricos: algún sablazo que otro. Y ésto de los sablazos, digan lo que quieran los habituales de la puerta de teléfonos, no suele ser cosa grata a los ojos del Señor.

Pero esa regla general había quebrado con Blanca Pancorbo. La hermana de Aurora, que para la R. A. etc., seguía siendo y llamándose la propia Aurora, era, gracias a su boda, el orgullo y la perla del asilo. Este ya no era sólo la casa de caridad donde se acogen unas desgraciadas víctimas del vicio, para ejercer bajo techado una función que también ejecutan periódicamente las hembras de otras especies zoológicas: era el santuario donde se corregían las almas y donde una mujer, acogiéndose al manto de un sacramento, salía llena de honradez del brazo de un hombre, también reformado y también convertido.

Por ello, todas las protectoras del asilo, y especialmente la marquesa de Ruimoral, habían hecho saber a la recién casada la obligación en que estaba de seguir teniéndolas al corriente de su vida casi a diario, acudiendo a ellas en sus tribulaciones y también en sus alegrías.

Sobre todo,—y ésto ya había sido encargo personal y especialísimo de la marquesa,—cuando viniera al mundo lo que tenía que venir había de bautizarse en la capilla del asilo, y ella, la propia Ruimoral, quería ser la madrina.

No olvidemos que *oficialmente* al ingresar Blanca en el asilo ocupando el puesto de su hermana, faltaban tres meses para que se vieran las consecuencias de su falta; como en arreglar lo de la boda se había tardado uno, eran dos solamente los que quedaban en el momento de abandonar la casa la desposada.

Como a ella no le convenía de ningún modo perder la posible protección de aquellas señoras, claro es que se preocupó desde el primer día de dejar bien arreglado aquello. La solución no era difícil; a ella, por lo menos, se le ocurrió muy pronto. Se trataba de agregar una mentira más a la serie, pero ello tampoco era cosa que la quitase el sueño.

Y una mañana, cuando apenas llevaba veinticinco días de casada, se vistió las ropas más humildes de su ajuar y se encaminó a casa de la marquesa.

Todo el día anterior lo había pasado en ayunas, con el fin de adquirir un serio aspecto de demacración, y, en efecto, cuando subía las pocas escaleras de la casa de la Ruimoral, parecía doña Juana la Lóca, al cabo de unas cuantas semanas de viudez.

Al hallarse en presencia de la noble dama, y antes de pronunciar una palabra, rompió a llorar como un odre que se revienta.

La marquesa alzóse de la mesa-despacho y vino hacia ella, tomándola casi en sus brazos.

—¿Qué te pasa, hija mía?

Ella contestaba con un hipo violento.

—No me asustes ¡por Dios!

Otro hipo formidable.

—¿Es que has reñido con tu marido?

Enjugándose un poco los ojos, habló por fin.

—No, eso no. Rafael es muy bueno conmigo.

—¿Entonces?

—Es que.....

—Habla mujer.

—¡Ay, señora marquesa!

—¡Vaya, vaya! Vas a lograr que me enfade.

—No, no..... Es que el chico.....

—¿Qué chico?

Blanca se miraba al vientre.

La marquesa la entendió por fin.

—¿Ha nacido muerto?

—No ha llegado a nacer.

La dama tuvo un gesto de inmensa contrariedad.

—¡Vaya por Dios!

Ya no habría bautizo, ya no habría nueva ceremonia conmovedora en la capilla del asilo: ya no podrían ella y sus compañeras de junta, zascandilear un poco: ya no se la daría un nuevo golpe al prestigio y a la buena fama de la casa.

—Pero mujer ¿y cómo ha sido eso?

—¡Qué se yo!

—Y ¿cuándo fué?

—Hace ocho días. Pero hasta hoy no he podido salir a la calle.

—¡Eres una criatura! ¿No has podido avisar, mandar recado de que estabas enferma?

—¡Ya ve usted! Por no molestar.

—¡No digas tonterías!

La marquesa estaba verdaderamente indignada porque un acontecimiento de tamaña importancia hubiera podido pasar sin su intervención. En su ignorancia de mujer estéril hubiera querido ver de cerca todo aquello, y aunque en el asilo, algunas veces se asomaba a uno de esos espectáculos de la carne, la misma dignidad altiva de que siempre le gustaba aparecer rodeada, la impedía fijarse mucho en detalles. En casa de aquella mujer, y sin más testigos que el marido, ya hubiese sido otra cosa.

Pero ¡en fin! la desgracia ya no tenía remedio. Se dedicó a consolar a la afligida.

—¡Vamos, tonta! No háy que apurarse tanto. Las cosas que manda Dios hay que tomarlas con más calma.

—Tiene usted razón.

—Tú eres muy joven, y seguramente la Virgen Santísima te dará la compensación de ésta pérdida de ahora.

Blanca, encantada con la idea de matar por medio de aquella visita

dos pájaros de un tiro, empezó la colocación del segundo disco que traía preparado.

—Y luego, ya ve usted, aparte el disgusto, los gastos de la enfermedad, las medicinas, luego éste estado de debilidad que me ha quedado.... Ya no sabe una qué hacer, y mi marido está desesperado, porque, por más que el pobre trabaja todo lo que puede, no acabamos nunca de salir adelante.

La marquesa, sin decir una palabra, fué al cajón de su mesa, manipuló en él durante un rato, y al cabo sacó entre dos dedos de la mano derecha un billete de cinco duros. Gravemente vino otra vez hácia la exasilada, y entregándole el dinero, la dijo:

—Toma hija, toma: remédiate como puedas con eso. Dolores y tribulaciones no faltan en esta vida, pero lo principal es que haya temor de Dios.

Blanca dió las gracias efusivamente. La marquesa, interrumpiéndola, le preguntó:

—¿Va tú marido a misa todos los domingos?

—Sí, señora marquesa: vamos los dos juntos a Nuestra Señora de Gracia. Allí cerca de casa, en la calle del Humilladero.

—Ya sé..... No lo abandones, que no pierda la costumbre.

Y terminó con esto la entrevista.



De aquello se había salido divinamente bien; pero fué el caso que cuando aún no habría transcurrido una semana de la visita de Blanca a la marquesa, comenzó aquella a darse cuenta de que la mentira que ella había inventado para entrar en el asilo iba a ser ahora una verdad.

Las mujeres, aunque sean primerizas, rara vez se equivocan en estas cosas, y Blanca, candidata a la maternidad, pensó, lo primero de todo, en ir a dar cuenta del fausto suceso a su noble protectora la marquesa.

Pero apenas se le había ocurrido, y cuando no había hecho más que comunicar el proyecto a su marido, ambos, cayendo en la cuenta de repente, vinieron a decir casi al mismo tiempo:

—Eso no puede ser.

—¡Claro que nó!—agregó ella.—La marquesa echará la cuenta y comprenderá que el otro día, cuando fuí a su casa a contarle lo que le conté, ya tenía yo que estar.... en ese estado.

—Y eso sería un fenómeno.

—Bueno, ¿y qué hacemos?

—¡Qué se yó!

—Porque decírselo, hay que decírselo.

—Tú verás.....

—¡Buena se pondría si llegara la fecha de bautizar al rorro y no contáramos con ella!

—Y no sólo eso, sino que como tú comprenderás, entre que la criatura tenga una madrina como esa o tenga a una casquera del barrio, puede haber mucha diferencia, no sólo en postín, sino en pesetas, que es lo importante.

Ya, ya....

—Bueno, pero vamos a ver ¿es que no hay medio de.....

Rafael Perales cogía un lápiz y un papel, se instalaba en la mesacamilla del comedor, y empezaba a hacer números.

—Vamos a ver: tú fuiste a ver a la marquesa ¿qué día?

Daba ella la fecha, y él la apuntaba.

—Y la dijiste que la peripecia te había ocurrido ¿cuándo?

Tornaba ella a informar con toda exactitud.

—¡Muy bien!..... La criatura va a venir a este mundo, día más, día menos.....

Aquí los dos esposos, en silencio, se entregaban de lleno a la conjetura. Fijaban una decena de días y el corredor de alhajas tornaba a escribir.

Ya en posesión de los datos principales, entraba de lleno a buscar la resolución del problema; apuntaba filas enteras de números, hacía deducciones, computaba lunas, indagaba probabilidades.....

Pero no era el cálculo infinitesimal su fuerte y, al cabo de un rato, tiraba desolado el lápiz sobre la mesa, y decía:

—¡No puede ser! Según esta cuenta, cuando tú le dijiste a esa señora que te había ocurrido eso, llevabas ya quince días de oposiciones a la maternidad.

Pasaban las semanas y el asunto volvía a plantearse, con el mayor apremio que traía consigo el simple paso del tiempo.

—¿Qué hacemos, Rafael?

—¡Y qué se yo, hija mía!

—Si le decimos la verdad, esa señora se va a maliciar que la hemos estado engañando.

—Eso es fijo.

—Pero..... tenemos que decirle algo.

—Aquí de los milagros. Encomiéndate al santo o a la santa que más te agrade, y que te arreglen ellos el asunto.

—No gastes bromas con esas cosas.

—¡Bromas! Pues lo he tomado yo poco en serio.....

Durante otro rato largo se entregaban los dos a cavilar, a idear alguna salida maliciosa, y, como no surgía nada, volvían a abandonar el asunto hasta que pasados unos días, no muchos, la cuestión surgía de nuevo por sí sola.

Se consultó el caso con Aurora, pero ésta, que no era desde luego ninguna maga, se quedaba mirando al techo estúpidamente, como confirmando así la opinión de su cuñado, según el cual, ciertas cosas no pueden esperar más que del cielo la solución.

El tiempo pasaba y Blanca iba confirmando cada vez más sus impresiones primeras. No se había ilusionado vanamente; Dios la había elegido para contribuir al aumento y perpetuación de la Humanidad, y ella sentíase muy orgullosa del designio.

Su alegría veíase turbada con harta frecuencia por el recuerdo de la marquesa de Ruimoral. Una sola vez había estado a verla después de lo de los cinco duros, y la señora, amable siempre, la había preguntado conriendo:

—¿Y qué?..... ¿No hay novedad?

Blanca bajó los ojos, púsose toda encarnada, y sonriendo también, contestó:

—¡Quién sabe, señora!..... Yo no quiero hacerme aún ilusiones, pero.....

En aquel momento entró la secretaria en el despacho con un recado urgente, y aunque tenía ya más de cincuenta años y había pasado varias veces por el asilo, como se trataba de una mujer soltera, no quiso la marquesa seguir tratando delante de ella del asunto.

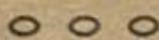
Empezaron a llegar otras visitas de más interés, y Blanca se despidió de su protectora sin haber concretado nada.

Se alegró, y lo sintió a un tiempo mismo, pero lo cierto era que a medida que se acercaba la fecha del..... libramiento, se arrepentía de no haber sido más explícita en aquella visita y, en último caso, haber confesado la verdad.

Esta última idea le pasaba con frecuencia por la imaginación desde hacía algunos días. Ir de nuevo en busca de la marquesa, echarse a sus piés y, entre lágrimas contárselo todo, pero todo desde el principio.

Sería una confesión general tras de la cual no podría menos, la absolución, entre otras razones, porque lo hecho ya no tenía remedio. Nada perdía el prestigio de la casa ni el de la asociación, poniéndose de acuerdo para guardar el secreto de lo ocurrido. En cambio sí podía perder mucho divulgando aquella nueva farsa de que se había hecho víctimas a las damas de la junta, y que, sin parecerse, volvería a traer a la memoria de todos el caso del frescales de Mieres.

Sí; la marquesa de Ruimoral la perdonaría. Y hasta puede que, para sancionar el perdón de un modo elegante, acabase entregándola otro billete de cinco duros.



Aún pasó una semana, y Blanca seguía madurando su idea.

Se había marcado a sí misma un plazo para su ejecución, y ese plazo vencía dentro de tres días; para entonces, si a ella o a su marido no se les había ocurrido cosa mejor, iría a ver a la marquesa.

Eran las nueve menos cuarto de la noche: la futura madre, de pie ante el fogón de la diminuta cocina de su casa, estaba confeccionando la clásica sopa de almejas, que luego serviría en la sopera de D. Felipe II.

El marido debía estar al caer, de regreso de su labor *acomodatícia* en las funciones de la tarde; llegaba siempre a aquella hora, cenaba muy de prisa y volvía a marcharse al teatro. Esta noche la mujer aguardándole, se producía con aquella lentitud de movimientos a que la obligaba su estado, y cuidaba de no arrimarse mucho al borde del fogón: entre ella y la hornilla se interponía un nuevo ser en gestación, que cada vez tenía más ínfulas.

Se abrió la puerta de la calle, cuya llave guardaba siempre Rafael, y apareció éste en la cocina.

Venía satisfecho, radiante, transfigurado. La mujer se lo notó apenas lo vió.

—¿Qué te pasa?

Tardó un rato en contestar.

—¿Qué me pasa?..... ¡Dame un abrazo muy fuerte!

—Quita, quita hombre. ¿No aprietes tanto que lo puedes estropear!

—¡Bueno! Vengo más contento que unas pascuas.

—Ya lo veo. Pero si es algún notición muy bueno dámelo con precauciones, que ya sabes lo que le pasó a mi hermana en un caso parecido.

—No, si no es noticia ninguna.

—¿Pues qué es?

—¡Que se me ha ocurrido la solución!..... ¡Sí señora! ¡A mí solito! ¡Menuda cabeza tengo!

—Ten cuidado, Rafael, no vayas a decir alguna tontería, y luego sea peor.

—¡Tontería! Tú verás..... Vamos a ver: ¿por qué no has querido tú decir a la marquesa hasta ahora que te encuentras..... así?

—Pues hombre, ya lo sabes: porque después del cuento chino que la conté, a poco que se fije y repare en las fechas, va a comprender el engaño.

—¡Muy bien!..... A mí lo que me choca es que a ninguno de los dos se nos haya ocurrido antes. ¡Y mira que no puede ser más sencillo!

—¿El qué?

—Tú retrasas dos meses la fecha, vas a ver a esa señora y la dices: «¿Sabe usted que me parece que dentro de cuatro meses vamos a tener bateo?»

—Pero si son dos los que faltan.

—¡Magnífico! Pasan esos dos meses, llega..... lo que tenga que venir, y se lo presentamos a la marquesa, diciéndola: «Ya ve usted, señora, en medio de todo, qué desgracia. ¡Siete mesino!»

Blanca se quedó admirada del talento de su marido. ¡Pues era verdad! No era aquello ninguna insensatez..... Sin embargo, antes de darla del todo por buena, quiso asegurarse.

—Te advierto, que yo he oído decir que los sietemesinos se conocen.

—¿Pero en qué, señor? ¿Es que vienen con la cédula ya sacada?

—Yo no sé.....

—¡Esas son pamplinas! Ahí tienes al señor Dionisio, el pescadero de la calle Mediodía chica. Siete mesino y bien sietemesino que es. ¡Y ahí lo tienes! Parece un poste del telégrafo.

—Siendo así.....

—Nada, mujer: no hay que pensarlo más. Mañana mismo vas a ver a esa buena señora y la das el alegrón.

—Bueno, pero ven tú conmigo.

—No tengo inconveniente.

—A mí me da miedo ir sola y que me note en la cara la mentira.

—Pues nada, me vestiré de limpio, y te acompañaré. Así como así la cosa es tanto tuya como mía.

—¡Y que lo digas!

—¡Tú verás!

Y así lo hicieron. A la mañana siguiente, vestidos los dos como para retratarse, se encaminaron hacia el palacio de la calle de la Flor.

La buena señora tuvo, en efecto, una gran alegría.

—Ya me había yo maliciado algo el último día que estuvistes aquí, —dijo a Blanca.—Pero como no quisiste ser franca conmigo.....

—Señora, es que, hasta no estar segura del todo.....

—Bueno ¿y a usted, que tal le va?

—Pues ya ve usted.

—¿Se venden muchas alhajas?

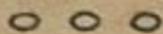
—¡Pocas! Por aquellos barrios las verdaderas alhajas son las patatas y las judías. ¡Con el precio que han tomado!....

Y la Ruimoral empezó a extenderse en detalles sobre lo que tendría que ser el bautizo. Ella lo disponía todo, desde el nombre que había de llevar la criatura, hasta la forma en que se adornaría el altar para la misa consiguiente. Parecía que era ella la que iba a ser madre, y que los demás no eran sino instrumentos suyos.

El matrimonio decía que sí a todo, sabiendo lo mucho que les convenía esa docilidad. Aquellas señoras desocupadas, que bautizasen al recién nacido, y hasta que le hiciesen congregante de algo aún antes de que supiera decir papá y mamá. Luego, más adelante, ya se vería quién mandaba en él.

Este día, el billete de Banco con que la Ruimoral obsequió a sus visitantes, no fué de veinticinco, sino de cincuenta pesetas.

No se había perdido la mañana.



Al primero a quien la marquesa comunicó la fausta nueva, fué a D. Sergio. Y al hacerlo, anuncióle también que él sería el padrino del cachorro.

Candileja conmovióse doblemente. Una vez más la bondad de aquella ilustre dama le asociaba a los triunfos del asilo y de la Institución, haciéndole tomar una parte activa en la fiesta, que sería como un nuevo timbre de gloria para el asilo.

Ansiaba ya el filántropo que llegase el momento; mucho tiempo faltaba todavía, pero él ya se estaba relamiendo al pensar en la capilla iluminada como el día de la boda, más adornada aún a ser posible, ya que el hecho venturoso que se iba a festejar venía a ser como la confirmación de aquél matrimonio.

Y se veía también a sí propio, muy embutido en su levita de los grandes actos, sobre cuya solapa procuraría él lucir la mayor suma posible de botoncitos de otras tantas condecoraciones, lo cual que, aunque la solapa era muy amplia, iba a faltar sitio para todas seguramente.

Blanca y Rafael vivían felices desde el día de la visita a la marquesa. Felicidad que sólo se turbaba en ella por las molestias inherentes a su estado, que, con harta frecuencia, la ponían de un pésimo humor.

Pero lo esencial estaba resuelto, y no era cosa de preocuparse por lo pasajero.

En aquellos días también, cuando faltaría un mes escaso para el magno acontecimiento esperado, hubo en la casa una satisfacción. Una satisfacción, y también ¿por qué no decirlo? un gran dolor.....

Y fué que una tarde, a eso de las cuatro y media, cuando Rafael aún no se había marchado al teatro, presentóse en la modesta tiendecita de portal un comprador. ¿Qué quería? ¿Una cadena para el reloj?

¿Una sortija? ¿Acaso un sonajero para distraer al chico? No: venía por algo más serio: venía con intención de comprar la sopera.

Habíala visto en el diminuto escaparate y entró resueltamente a preguntar el precio.

El joyero guardóse muy bien de decírselo de primera intención: fué en busca del objeto reclamado, tomólo en ambas manos con sumo cuidado, como si se tratara de algo muy frágil, y lo depositó en la tabla cubierta de bayeta verde que hacía de mostrador.

—Es un objeto histórico ¿sabe usted? Como ésto no se fabrica hoy.

—Bueno, eso, para mí no es un inconveniente.

Perales lanzóle una mirada fulmínea—¡Qué bruto!—pensó.

El sujeto era alto, delgado, medianamente vestido, y con ese afeitado irregular de los individuos que se dedican a ciertas profesiones.

—Dígame. ¿Qué vale ésto?

—¿Usted lo ha mirado bien? La plata está repujada, y éste repujao, que tiene cuatro siglos, es lo que le da todo el valor a la pieza.

—A ver si pesa mucho.

Lo alzó levemente con sus manos, que parecían raspajos de uva.

—¡Cá, señor! Si es una pluma, dijo Rafael.

—Bueno ¿me dice lo que quiere por ello?

—Trescientas pesetas.

El otro le miró amenazador. Al cabo de un rato le dijo:

—¿Usted es que, cuando entra aquí alguien a comprar algo, se dedica a tomarle el pelo?

—Caballero, fíjese que.....

—Si yo lo hubiera sabido no entro.

—No hemos perdido nada, caballero.

Y cogiendo la sopera con igual delicadeza que antes, se dispuso a volverla a su sitio.

—Espere usted. ¿Quiere diez pesetas por ella?

Perales había decidido echar el asunto a chungu.

—Por ese precio, y puede que más baratas, encuentra usted todas las que quiera en la cacharrería de la esquina.

—¡Vaya, hombre! No hay que enfadarse..... ¿Quiere usted decirme el último precio?

—Yo le aseguro que, por menos de cuarenta duros, no sale de aquí este chisme hasta que yo no me haya muerto.

—Pero hombre. ¿Usted cree que si yo tuviera cuarenta duros.....?

—Eso no es cuenta mía, caballero.

—¡Pues me va usted a reventar! Yo soy actor de aquí, del Real Coliseo, y ahora vamos a estrenar una zarzuela de época que se llama «Las cosas de Viriato». Yo tengo que salir de guerrero antiguo, y, buscando una cosa para ponérmela en la cabeza y que me sirva de casco, pues he visto ésto y me he dicho:—Si es una cosa de unos tres durillos, la compro.

A Rafael Perales le inspiraba una viva simpatía todo lo que se relacionase con el teatro: tal vez fuese porque el teatro, aunque modestamente, le ayudaba a vivir. El Real Coliseo era, dentro del mismo barrio, el rival de aquel teatro en que él prestaba sus servicios como acomodador, pero eso ¿qué importaba?

Desde que supo el uso que aquel individuo pensaba dar a la sopera

repujada de Felipe II, la cosa varió por completo. Empezó un regateo escalonado, que duró media hora, pero cuyo final estaba previsto, y al cabo de él el cómico quedó dueño absoluto del chisme, mediante la cantidad de diez y siete pesetas, que se dispuso a pagar en el acto.

Pero antes de hacerlo, dijo al mercader:

—Espere usted, no vaya yo a meter la pata.

Despójose del sombrero flexible color oliva, y encasquetóse en la testa la sopera, que le caía a la perfección.

—¡Hombre, muy bien! Ni hecha a la medida.

Cuando Blanca se enteró de la operación mercantil que su marido acababa de realizar, se afectó seriamente. Empleó él fútiles pretextos para conformarla, pero tuvo que marcharse al teatro sin haberlo conseguido.

La mujer, al verse sola, olvidóse un poco del incidente, pero cuando, luego más tarde encaminóse a la cocina con ánimo de confeccionar la cena, el disgusto se le recrudeció.

Aquella noche, en el hogar feliz de Blanca y Rafael, no se comió la sopa de almejas.



Había pasado un mes.

Sólo, lleno de ansiedad, sudoroso e inquieto, Rafael Perales, sentado ante la mesa camilla del comedor de su casa, aguardaba.....

El oído tendíalo de cuando en cuando en dirección a una puertecita que había en un lado de la estancia, y que era la de la alcoba de su mujer. Dentro de ella, a más de la enferma, no había más que la señá Ladislá, la comadrona más famosa y mejor aparroquiada de todo el distrito, que estaba allí desde las diez de la noche.

Eran las dos de la mañana y hacía ya una hora que Perales había vuelto del teatro. Cuando se había marchado a las nueve y pico, no parecía la cosa tan urgente: sin embargo, quedó en avisar a la comadrona al pasar, ya que tenía que hacerlo casi por su puerta.

Y la brava mujer había acudido puntual; y allí estaba, al pie del cañón, esperando lo que viniese. La cosa se presentaba bien, y ella, desde el primer momento, había dicho lo que decía siempre en estos casos:

—¡Nada de médicos! Los médicos no traen más que gastos, y a lo mejor, por culpa de ellos se complican las cosas.

Al marido la teoría le había parecido de perlas: ello suponía un desembolso menos.

Cuando, al volver del teatro, quiso entrar a ver a la enferma, la señá Ladislá le echó con cajas destempladas desde la puerta misma de la alcoba.

—¡Cá, no señor!

—Pero.....

—Aquí no entra ningún hombre mientras no se haya terminado todo y yo le avise.

—Si no es más que.....

—Si entra usted, me salgo yo, me marchó a la calle, y no vuelvo en toda la noche.

La ilustre..... tocóloga tenía su escuela enérgica e imperativa, y no trabajaba más que con arreglo a sus principios.

Y el bueno de Perales, tuvo que resignarse y quedar allí en el comedor de guarda permanente. Y aún tenía miedo de moverse y meter mucho ruido, no le fueran a plantar en la calle.

A eso de las dos y media empezaron a oírse unos débiles quejidos, como de persona que sueña algo doloroso. A las tres, los quejidos eran ya ayes fuertes y rotundos, como de alguien que se ha caído al fondo de un pozo y pide auxilio.

A partir de aquí, de cuando en cuando, la comadrona se asomaba a la puerta y ordenaba a Rafael, lacónica:

—¡Agua caliente!

El hombre, previamente aleccionado, iba a la cocina y se apoderaba de uno de los pucheros en ebullición que había a la lumbre, poniéndolo rápido en manos de la mujer. A la tercera vez que se repitió la escena, Perales, al entregarle el recipiente de agua, se atrevió a preguntarla con timidez.

—¿Cómo va eso?

Pero ella, sudorosa y respirando fuerte, le replicó:

—¿Y a usted qué le importa?

El hombre se indignó un poco.

—¡Señora, por Dios, que soy el padre!

—¡Qué sabe usted!.....

Y cerró la puerta.

Ahora Perales, no se sentó: empezó a dar paseos por la estancia, pero de puntillas. Muy pronto tuvo que suspender la marcha: hasta él llegaba, como si viniese de muy lejos, lo menos del otro mundo, un llantito muy ténue, muy monótono, algo así como el sonido debilitado de una gaita gallega que sonase allá en el fondo de la romería.

¿Sería ya?

No era posible saberlo. El llanto aquél podía ser de la madre, y ahora más que nunca sintió Rafael el deseo de empujar violentamente aquella puerta y enterarse de lo que pasaba.

Vino una tregua larga de silencio. La puerta volvió a abrirse, y la orden de la comadrona volvió a resonar en la estancia:

—¡Agua caliente!

Esta vez el hombre, de puro emocionado que estaba, no se atrevió a decir nada.

¿Qué hora podría ser? El único reloj de la casa estaba parado, y el de bolsillo de Rafael lo había llevado a componer el día antes.

No tenía ni el consuelo de saber a qué hora había nacido su hijo..... o su hija. Hizo un cálculo, pero se le iban las ideas. En la alcoba tornaba a oírse ruido: ahora eran lavoteos, como de andar en el agua con cierta energía, y también un rumor sordo que, siendo aún un quejido, era ya de descanso, como el recuerdo del dolor pasado.

¿Pero es qué aquéllo iba a durar hasta el día? La paciencia se le iba acabando y, más que nada, eran ya los nervios que, cansados de estar en tensión, comenzaban a sublevarse.

Perales se decidió a hacer lo que no había hecho en toda la noche, ir a la misma alcoba y aplicar el oído. Por lo menos, ya que no viera, entendería.

Amortiguando el paso todo lo que pudo, encaminóse allá a través del comedor.

Y en el preciso momento en que iba a arrimarse al tablero de la puerta, abrióse ésta, y apareció la señá Ladislá.

Pero ahora no pedía agua caliente. Traía en la mano un envoltorio, que parecía un paquete de algodón hidrófilo un poco grande, y dejándolo caer con relativa suavidad en los brazos del corredor de alhajas, le dijo:

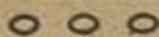
—Tome. ¡Y a ver lo que hace usted con él! Yo me vuelvo ahí dentro, que aún tengo faena para un rato.

Rafael Perales vió que el envoltorio se movía, y aun lanzaba unos débiles quejidos: le miró detenidamente. Era un ser humano, un chico que, por lo colorado y aterido, parecía más bien una batata en plena cocción.

Trémulo, orgulloso de aquél depósito sagrado que acababan de poner en sus manos, fué a sentarse con él en el mismo sitio en que había pasado toda aquella velada de congoja y de esperanza.

La batata, al verse bajo el foco de luz de la lámpara eléctrica que encima de la mesa había, tuvo un repeluzno de protesta.

Al comenzar a vivir ya empezaba la civilización a molestarle.



Ahora el tiempo ya no le parecía tan lento y pesado a Rafael.

Ya no estaba solo en el comedor, ya tenía quien le distrajese, pues no hay idea de lo que acompaña a un hombre ya maduro uno de estos chiquitines que, ni dan la lata con su conversación ni han aprendido el arte de pedir dinero.

Lo más que podrán hacer, en un momento de escepticismo, será satisfacer cándidamente cualquiera de sus necesidades fisiológicas encima de su pantalón. Pero ¡cuántas veces no preferiría uno que un amigo hiciera eso, en vez de mortificaros con una insidia, o abrumaros con una disertación petulante!

Perales miraba a su hijo y, al cabo de un rato, empezó a intrigarle una cosa. ¿Dónde había visto él ya aquella cara, aumentada en la dureza viril de las facciones? ¿A quién se parecía aquella criatura?

Claro que un sér que sólo cuenta una hora de vida, a lo que más se parece es a un embutido; pero ello mismo hacía más sorprendente el recuerdo que asaltaba la mente del nuevo padre, recuerdo completamente impreciso, inconcreto.

El pequeño había dejado de llorar. Perales, para animarle, y distraerse él un poco de paso, empezó a prodigarle todas esas caricias de fraseología incongruente y un poco prematura con que los padres creen poner los primeros jalones de la educación de sus vástagos.

—Chichito.

- ¿Quién te quiere a tí?
- ¿Qué quiere el nene?
- ¿Quiere tetita?
- ¿Y mamá? ¿Dónde está mamá?

Todas aquellas preguntas quedaban sin contestación, y Rafael las reiteraba diversas veces con igual éxito negativo.

De cuando en cuando suspendía su labor pedagógica para prestar oído a lo que pasaba en la alcoba. Aquello debía estar terminando ya, y seguramente dentro de poco le avisarían para que pudiese entrar y colocar al recién nacido junto al seno de la madre.

¡Momento inefable!

Mientras llegaba, Rafael iba mirando fijamente a su hijo, y haciendo las siguientes consideraciones más o menos filosóficas:

—Ya estás aquí, hijo mío. Ya has venido a este mundo y, desde hoy, ya hay una boca más que tapar en la casa. Al principio no será muy grande el gasto, pero, irás creciendo, con el crecimiento se te irá desarrollando el apetito, adquirirás vicios, como el de fumar y el de ir al cine, que siempre cuestan el dinero, y tu pobre padre no sabrá de dónde sacarlo. Habrá que enseñarte a leer y a escribir, comprarte ropa, darte para el tupi..... No importa, hijo mío: bienvenido seas, aunque al venir se te haya olvidado traer el consabido pan que dicen que os ponen a todos en el sobaco, o lo hayas perdido en el camino.

El chico empezó a removerse inquieto: por lo visto le molestaba tan injusta reconvención. El padre, para calmarle un poco, a más de callarse,—por ahí debiera haber comenzado,—empezó a bailotearlo en las rodillas. La cosa hizo su efecto, porque el pequeño tardó muy poco en quedarse dormidito.

—¡Angel de Dios! Pocas veces en tu vida,—tornó a hilvanar el padre,—dormirás con la tranquilidad con que lo haces ahora. Cuando no te despierten tus propios sobresaltos, lo hará la dureza de la cama, o el importuno que viene a hacerte una visita intempestiva, o el acreedor que viene decidido a cobrar una cuenta. Duerme, duerme ahora, y aprovéchate como si no hubieras de dormir más.

Era ya día claro. De la alcoba tardaban en llamarle. Por lo visto, aquella mujer era sumamente escrupulosa, y le gustaba dejar las cosas bien arregladas.

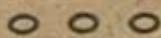
Rafael Perales tenía un poco de sueño y otro poco de frío. El chiquitín seguía durmiendo, y el padre reanudó la autolata.

—¡Ya verás lo que es la.....

La puerta de la alcoba se abrió. ¡Por fin! Rafael púsose de pie para entrar, pero la comadrona salía por ella con otro paquete de algodón, aunque éste más pequeño.

—Tome. Una niña. Cuídese de ella, porque ahí dentro es un estorbo.

Y se volvió a la alcoba.



No diremos al lector cómo estaba en la mañana la capilla del asilo de la R. A. etc., etc., porque se lo sabe de memoria.

Para la doble ceremonia, pues doble había sido la contribución con que Blanca Pancorbo se había creído en el deber de ayudar a la perpetuación de la especie, todo estaba dispuesto.

Los padrinos, la marquesa y D. Sergio, cuchicheaban en la sacristía:

—Es un triunfo doble para el asilo, no me lo negará usted.

—¡Qué he de negar, marquesa, qué he de negar!

—Esa chica es una alhaja.

—Por eso se ha casado con un corredor de ellas.

No habrá que decir que el señor Candileja se había ceñido la levita de las grandes solemnidades, aquella misma con que de cuando en cuando, iba a visitar al Ministro de la Gobernación, para pedirle en nombre de una moral de dublé — una verdadera moralina, — medidas contra el vicio y la disolución social.

La marquesa, vestida de negro, encuadraba la nobleza de su rostro en una mantilla colocada al modo antiguo, netamente señorial.

Estaban invitadas, e iban llegando poco a poco, todas las damas de la junta, y las protectoras del asilo, en su mayoría, una colección de cacatúas, despreciadas por sus maridos, a causa de la ocena o de la excesiva rugosidad de su piel.

Y, como cosa excepcional, el padrino había tenido también singular empeño en que se invitase a una comisión de la «Asociación de padres católicos», formada por los tres prestigios de la casa, Rasilla, Macoqui y Gomera. Allí estaban ya los tres, muy graves y solemnes, Rasilla enseñando sus dentones amarillentos, Gomera febril y con los ojos iluminados, como se ponía siempre que entraba en un recinto sagrado, y Macoqui algo frívolo, examinando unas casullas que había sobre la gran mesa de amplios cajones en que se guardaban los ornamentos del altar.

Como la fecha del bautizo se había adelantado todo lo posible, con el fin de evitar cuanto antes que en el mundo hubiera dos moros más, ahora que estábamos en franca guerra con ellos, claro que la madre no había podido asistir, retenida como estaba en el lecho por las consecuencias del doble trabajo intensivo a que se había consagrado en la noche memorable.

Y, para atender y cuidar a las dos criaturas, antes y después de la ceremonia, se había designado a dos asiladas, ya prácticas en el oficio, que estaban también en la sacristía teniendo cada una, en sus brazos a uno de los vástagos.

En medio de ellos, como atestiguando la parte activa que había tomado en la confección de los gemelos, estaba el padre, Rafael Perales, vestido con lo mejor del arca, y habiendo exhumado *in honoris tanti feste*, toda su colección de tumbagas y de colgantes petreos. El hombre, a más de abrumado por la imprevista carga que se le había venido encima, estaba seriamente preocupado por otro motivo.

La preocupación, ya lo sabe el lector, databa de la noche misma del natalicio, cuando se fijó en el rostro de su hijo y creyó descubrir en él no sabía qué vagas reminiscencias. Después, en los días sucesivos, a medida que examinaba la faz amoratada del cachorro, la certeza del parecido iba aumentando. Pero ¿parecido con quién? El había visto ya aquel rostro ampliado en alguna parte, pero ¿dónde?

Y ahora, súbito, aquí en la sacristía, al mirar a una de las personas

más caracterizadas que habían acudido al acto, parecía que el enigma empezaba a resolverse.

A ver Sí: los ojos, por de pronto, eran iguales, y la boca se parecía, todo lo que un granito de fresa de los más diminutos se puede parecer a un fresón espléndido y bien criado. Aparte detalles, era el conjunto de los dos rostros, el infantil y el ya maduro, el que parecía fabricado en el mismo molde y por el mismo hacedor.

¿Cómo podía ser aquello? Porque a él la cosa le parecía francamente absurda: no podía dudar de Blanca, no podía dudar de nadie, y menos que de nadie de aquel arrechucho triste, de quien resultaba su hijo una despiadada miniatura.

Se aproximaba la hora. En el censo cristiano de la Humanidad iban a inscribirse dos nuevos nombres. La marquesa vino a Rafael y toda mimos, le dijo:

—¿Estará usted satisfecho, verdad?

—Encantado de haber nacido, señora.

Pero no pudo seguir hablando: al fijarse en el rostro de la Ruimoral creyó ser víctima de una alucinación. Hasta entonces no lo había notado, pero ahora en cambio se le presentaba con claridad meridiana el fenómeno: la cara de su hija, de la pequeña que iba a recibir las aguas del bautismo, era una copia exacta de la de la marquesa, como puede serlo un aguilucho de un águila gigante.

Y aquello, francamente, ya era para enloquecer. Porque lo otro, aun dentro de lo absurdo, era posible; pero ésto de la niña pasaba ya los límites de lo humano. Y el corredor pensó que seguramente se trataba de un engaño de sus ojos, o de un desvarío de su cerebro.

o o o

La comitiva se encaminó a la capilla para la ceremonia.

La pila bautismal, que, dada la índole de la casa, era allí más necesaria que el tabaco en un estanco, estaba medio empotrada en el muro de una de las dos capillitas laterales.

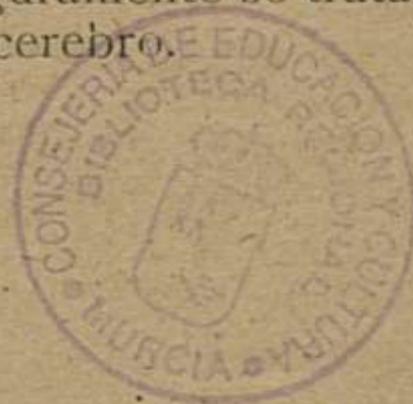
Agrupáronse en torno a ella las figuras más principales entre los concurrentes al acto.

Aparte el sacerdote,—el distinguido tartajoso a la manera de Demóstenes,—estaban allí, muy juntos para no perder detalle, la madrina y el padrino, las dos asiladas que porteaban a los catecúmenos, algunas damas de la junta, y el padre de las criaturas.

Además, como éstar ellos tres en un sitio cualquiera y no ocupar la cabecera era algo absurdo e inverosímil, Rasilla, Gomera y Macoqui estaban también allí, autorizando y solemnizando el acto.

Por lo visto representaban en aquel momento a todos los padres de familia del mundo, y querían inculcar a los catecúmenos el horror al vicio y el amor a la virtud, al mismo tiempo que caía sobre sus peladas cabecitas el agua lustral y quita manchas.

Descendía sobre el ámbito de la capillita una suave luz, que entraba tamizada por uno de los vitrales: y aquella luz, a pesar de su poca



intensidad, parecía destacar en toda su pureza las facciones de los allí reunidos.

Rafael Perales miraba a sus hijos como si los analizara. Para echarles el agua les habían dejado las cabezas al descubierto, y, en la del niño vió el padre una mancha diminuta hacia la sien izquierda, especie de lunar un poco extensivo en el que hasta entonces casi no había reparado.

El instinto le hizo buscar con ansia otro de los rostros varoniles allí agrupados, y al fijarse en el de D. Sergio Candileja, vió con horror el mismo lunar, la misma mancha en el mismo punto de la frente.

¡Yá no era posible dudar! A más del parecido total del rostro, aquel pequeño estigma, su hijo era el fiel retrato de D. Sergio Candileja, sin barba..... y sin condecoraciones.

Pero ¿y la niña? Ahora iba el padre con la mirada del rostro de la madrina al de su hija, y emprendía enseguida el viaje en sentido inverso. El parecido era tan exacto como en el otro caso: la misma boca, idéntico óvalo del rostro, y sobre todo un conjunto exacto.

Y no era lo peor que Rafael Perales lo notase. En el círculo que rodeaba la pila bautismal, y mientras el sacerdote rezaba las preces, deteniéndose más de lo justo en algunas palabras, se había ido poco a poco extendiendo una misma idea. ¿Qué había en la cara de aquellos chicos? Caso que nadie se atrevía á hacer el menor comentario, ni siquiera a decirse nada con la mirada, pero hubo un momento en que los ojos de todos, hasta los del Demóstenes con estola, emprendieron el mismo viaje y vinieron a encontrarse ora en el rostro del padrino, ora en el de la marquesa.

La cosa fue tan unánime, que los interesados llegaron a darse cuenta y hubo un momento de un gran azoramiento. Ello obligó a los curiosos a disimular un poco su descaro, volviendo a su actitud indiferente de antes.

Al niño se le puso por nombre Rafael Sergio, y a la niña, Aurora Rosalía; hasta aquí llegaron las consecuencias de la farsa de la madre, que no pudo dar su propio nombre a su hija.

Cada vez que el celebrante imponía a cada uno de los pequeños el nombre con que, en adelante, se les había de señalar en la vida, por el rostro de todos pasaba como una ráfaga de hilaridad contenida. Las palabras del virtuoso clérigo parecían confirmar la sospecha:

—Rafael Sergio..... ¡Yá lo creo que lo era!

—Aurora Rosalía..... ¡No era posible dudar!

El padre había caído ya en una suave resignación. ¡Qué se le iba a hacer! Aquéllo era una broma cruel de la Naturaleza, y contra ella no cabía revelarse. Porque en otra cosa ya no se podía pensar: el caso de la niña y la marquesa quitaba toda probabilidad de acierto a la malicia.

Terminó la ceremonia, y al disgregarse un poco los concurrentes, Fernández Rasilla, procuró llevar a sus dos amigos a un rincón. Tenía unos deseos fervientes de comunicarse con ellos.

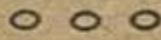
—Pero ¿han visto ustedes?

—Ya, ya.....

—Yo no he visto dos rostros más iguales en mi vida: Gomera, el prestamista fanático, estaba horrorizado.

—¡Qué escándalo! Yo creí que éste hombre era un espíritu más cristiano.

—¡Y aún se negaba a ingresar en la «Asociación de padres católicos» por falta de condiciones! ¡Si llega a tenerlas!



Pero se engañaba Rasilla, se engañaba Gomera y se engañaban todos los mal pensados.

Don Sergio Candileja, era un hombre puro, y no sólo de conducta, sino de pensamiento. Lo había sido toda su vida, acaso con exceso,—dígalo su mujer, muerta de aburrimiento a los tres meses de matrimonio,—y no iba a dejar de serlo cuando empezaba ya el declive que conduce derecho al cementerio del Este.

La marquesa de Ruimoral, por su parte, era una mujer casta. Nunca tuvo hijos, aunque hijos de ella eran en el fuego materno de la caridad, todos aquellos a quienes su labor filantrópica de organizadora de asilos y patronatos, proporcionaba un lecho en que dormir y un pedazo de pan que llevarse a la boca.

En aquel parecido, realmente extraordinario, de los dos pequeños, con los dos seres que les acababan de sacar de pila, no había más que un fenómeno natural, aunque por fortuna poco frecuente.

Los sabios en embriogenia y filogenia, os hablarán de la influencia constructiva que a veces pueden tener en el feto las obsesiones del padre y de la madre. El vulgo con su teoría de los antojos, sabe y propaga algo de ésto. Pero la cosa es un poco más fundamental.

Una obsesión, una idea fija predominante, no ya durante el momento de la fecundación, sino durante el período de la gestación, puede influir poderosamente en la estructura física y moral,—nunca como ahora puede decirse que todo es uno y lo mismo,—del nuevo ser. Así una madre que, por razones especiales, esté muy preocupada durante ese tiempo con la personalidad de D. Joaquín Sánchez de Toca, no será extraño que engendre un hijo narigudo; y, por la misma razón, si la preocupación de la matrona la constituye D. Eloy Bullón, lo que nazca tendrá ciertas probabilidades de ser tan chato que a su lado el célebre del Escorial sea en su rostro la proa afilada de un cazatorpederos.

Rafael Perales y Blanca Pancorbo, desde que, ya casados, salieron del asilo, no tuvieron otra preocupación que la marquesa y Candileja. En ellos pensaron los días que precedieron a la primera visita de la mujer a su protectora para darle cuenta de que..... de lo dicho no había nada; y ellos les estuvieron martirizando, sobre todo, en aquellas largas semanas que pasaron pensando en cómo se las arreglarían para fabricar bien el paquete, y poder explicar lo inexplicable.

Nada tiene pues de extraño que toda aquella labor cerebral, toda aquella continua preocupación imaginativa, se reflejase en los frutos de unos actos en los que entra para tanto la imaginación.

Claro que la cosa era una broma, y ésta lo era de las pesadas; pero de ello no había que culpar a nadie. Rafael pensaba ahora, cuando en un coche de punto se dirigía a su casa con los dos nuevos cristianos,

en que, felizmente, Blanca parecía no haberse dado cuenta de nada. No sería él ciertamente quien le llamara la atención, y si algún día caía en la cuenta, todo sería convencerla de que no andaba muy bien de la vista.

La suerte vino a favorecer al matrimonio al poco tiempo, haciendo que, gracias a su favor, Rafael olvidase un poco el mal sabor de boca que le había dejado el incidente. Ocurrió que en el distrito establecióse por aquel entonces, una sucursal del Monte de Piedad y Perales, gracias a un amigo, logró en ella una colocación; el sueldo no era malo y no fué despreciable la ayuda para llenar aquellas dos bocas nuevas que se habían presentado en la casa. Por ésta vez, lo del pan debajo del brazo había sido algo más que una frase.

La joyería de portal fue en lo sucesivo atendida por Aurora, que, al cerrar por la noche, se volvía a su casa de la calle de Amanuel. Eso de pasar la velada bajo el mismo techo que el hombre a quien en otro tiempo había amado, era cosa que no entraba en sus cálculos.

Y mucho menos ahora que el tal hombre era padre de dos criaturas. La pobre Aurora había nacido para el fracaso; todo se deshacía en sus manos. Hasta en la misma joyería, parecía que, desde que ella estaba en el mostrador, entraba menos gente.

¡Era de un feo tan subido!



Don Sergio Candileja, con su actividad no desmentida, había llegado a convertirse en uno de los elementos más influyentes de la «Asociación de padres católicos».

Su voz era allí escuchada como un oráculo, y hasta el propio Fernández Rasilla solicitaba muchas veces las luces de su opinión, y a ella se sometía gustosísimo.

El bueno de D. Sergio, había pasado unos días muy amargos a raíz de la escena del bautizo. Pudo comprobar que no basta la tranquilidad de conciencia para que el hombre viva en reposo: él no había pecado pero la gente le consideraba como pecador. Y aunque nadie, naturalmente, tuvo la osadía de llamarle padre en su propia casa, notaba esa atmósfera de murmuración a su alrededor que va asfixiando lentamente.

¡Maldito parecido aquél! Más de una vez pensó luchar contra él, hacer algo por desfigurarse el rostro, ya que no era cosa de desfigurarse lo al inocente pequeñuelo; y en medio de aquellas maquinaciones le asaltó la idea de quitarse la barba. Pero desistió pronto de ello: pensó que, sin barba, la faz se le aniñaría y al aniñarsele, el parecido con el hijo de Rafael Perales, iba a ser ya el de dos objetos salidos del mismo troquel.

El tiempo, gran sedante, supremo consolador, fué aplicando un bálsamo a sus amarguras; sin olvidar del todo el incidente, iba así amortiguándose su recuerdo, y únicamente al oír hablar a la marquesa o a cualquier otro, del matrimonio de la calle de los Irlandeses, el ilustre

prócer hacía un guiño de malestar, como el tramposo crónico al que le recuerdan el pago de una deuda que ya tenía olvidada.

Eran las quiebras del oficio: la siembra del bien hacía a veces brotar estos cardos inesperados.

Pero Candileja seguía laborando, cada vez con más ahinco. Se hablaba ya de nombrarlo presidente de la A. P. C. Su prestigio crecía por momentos.

Fernández Rasilla lo admiraba, Macoqui lo envidiaba, y Gomera lo compadecía lleno de respeto.

Sólo el primero, como si quisiera ir sacándose poco a poco la espina de su derrota, aprovechaba todas las ocasiones para, en las reuniones del Comité ejecutivo, decir entre salivazos:

—Acerca de esto de la recta educación de los hijos, el que podrá informaros muy bien, es el Sr. Candileja, con su gran experiencia y conocimiento del asunto.

Y se le quedaba mirando fijamente, enseñando sus dentones amarillentos.

Joaquín Belda

Madrid, marzo 1922.



La Moda Elegante

REVISTA PARA SEÑORAS



Páginas de modas, labores, patrones trazados,
crónicas, cuentos, ecos de sociedad, conocimientos
útiles para el hogar y para la mujer

Sección de encargos, correspondencia particular

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA

Un año	20 pesetas
Seis meses	10 »
Tres meses	5 »

EXTRANJERO

Un año	35 pesetas
Seis meses	20 »

Administración:

LIBRERIA RENACIMIENTO

Preciados, 46

MADRID

Editorial EVA

Obras de M. Maryan

Una bañera invisible (2. ^a edición)	4 pesetas
La casa de los solteros (2. ^a)	4 »
La sobrina del vizconde	4 »
El palacio viejo	4 »
La gran ley	4 »
La Corte de las damas	4 »
La sortija de ópalo (en prensa)	4 »
La prima Lucía (en prensa)	4 »
Un nombre (en prensa)	5 »
El eco del pasado	4 »

Obras de Jeanne de Coulomb

Cetro de oro	4 »
La isla encantada	4 »
Humos de gloria	4 »
Pescadora de luna	4 »
Firme como la roca	4 »

Obras de Baronesa de Orczy

Yo castigaré	4 »
El misterioso Pimpinela	4 »

RENACIMIENTO

TRATANDO DE CORRESPONDER A LA CONSTANTE DEMANDA DE SU CLIENTELA POR EL ÉXITO CRECIENTE DE SUS EDICIONES, TIENE EN PRENSA Y PONDRÁ A LA VENTA EN LOS MESES DE JUNIO, JULIO Y AGOSTO PRÓXIMOS LAS OBRAS SIGUIENTES:

EDITORIAL RENACIMIENTO

- | | |
|--|--|
| M. de Unamuno.— <i>Vida de Don Quijote y Sancho.</i> | Joaquín Belda.— <i>La Piara</i> ; 2. ^a edición. |
| E. Zamacois.— <i>Tik-Nay</i> (el payaso inimitable). Novela. | » — <i>El Tenorio de Lavapiés</i> , edición popular. |
| E. Zamacois.— <i>La virtud se paga</i> ; novelas. | Carlos Mendizábal.—Obras inéditas de gran interés, emoción y que serán de un éxito sorprendente, títulos <i>Pigmalión y Galatea, Anafrolisia, La Colisión, El sexto sentido.</i> |
| » — <i>La alegría de andar</i> ; 2. ^a edición. | Rubén Darío.— <i>El mundo de los sueños.</i> |
| E. Zamacois.— <i>Memorias de un vagón de ferrocarril</i> ; novela inédita. | Alberto Insúa.— <i>Las Fronteras de la pasión</i> ; 2. ^a edición. |
| J. Octavio Picón.— <i>Juanita Tenorio</i> ; novela. | Rachilde.— <i>La Torre de Amor.</i> |
| J. Pérez Zúñiga.— <i>Desahogos particulares.</i> | José M. ^a de Acosta.— <i>La venda de Cupido</i> ; novelas edición popular. |
| » — <i>Ganitas de broma.</i> | |
| Marcel Prévost.— <i>Las Don Juanes</i> ; (adquirida la exclusiva de traducción de esta última novela de enorme éxito, del eminente novelista francés). | |

“EDITORIAL EVA”

- | | |
|--|--|
| Jeanne de Coulomb.— <i>La fuerza irresistible.</i> | Baronesa de Orczy.— <i>Uga de Pimpinela</i> |
| » — <i>La Casa de los Caballeros.</i> | » — <i>Un duque del siglo XVIII.</i> |
| » — <i>Tierra prohibida.</i> | M. Aigueperse.— <i>La senda tiene espinas.</i> |
| M. Maryan.— <i>La novela de un médico.</i> | M. Alanic.— <i>El milagro de las perlas.</i> |
| » — <i>La casa sin puerta.</i> | Luisa M. Alcott.— <i>Mujercitas.</i> |
| Baronesa de Orczy.— <i>El caballero de la sonrisa.</i> | Andrée Vertiol.— <i>El yate amarrado.</i> |
| | C. M. y A. M. Williamson.— <i>El soldado de la Legión.</i> |

“GIL BLAS”

Ricardo Leon.—*Humos de Rey.*

Gutiérrez Gamero.—*Poderoso Caballero.*

Rogamos a nuestros clientes nos determinen el número de ejemplares que deseen recibir de estas obras.

PEDIDOS A

LIBRERÍA RENACIMIENTO, Preciados, 46.

Madrid.

OBRAS DE GRAN ÉXITO
ALBERTO INSÚA

EL NEGRO QUE TENÍA EL ALMA BLANCA

Novela la más original, más intensa y más conmovedora de amor de nuestra época. El libro más ameno y vigoroso del gran novelista. Preciosa portada de RIBAS.— 5 pesetas.



JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

EL CHÁPIRO VERDE

Novela eminentemente cómica, original de este popular autor, maestro en el especialísimo género literario que hace reír al público, al par que le deleita, con la corrección de su estilo. Contiene el texto ilustraciones de Xaudaró. Bonita portada del hijo del autor. Se vende en todas las librerías a 4'50 pesetas.

“RENACIMIENTO”

OBRAS RECIENTEMENTE PUBLICADAS

o o o

<i>Alberto Insúa</i> .—El negro que tenía el alma blanca (novela).....	5	pts.
<i>Rubén Darío</i> .—El canto errante.....	4	»
<i>Gutiérrez Gamero</i> .—Sitilla (novela).....	4	»
<i>Unamuno</i> .—Andanzas y visiones españolas.....	4	»
<i>Coulomb</i> .—Firme como la roca (novela).....	4	»
<i>Pérez Zúñiga</i> .—El chapiro verde (novela cómica).....	4'50	»
<i>M. Aigueperse</i> .—Desquite (novela).....	4	»
<i>Maryan</i> .—El eco del pasado (novela).....	4	»

o o o

PEDIDOS A
LIBRERIA RENACIMIENTO

PRECIADOS, 46

MADRID

EL LIBRO POPULAR

editará en su próximo número

(1.º de julio)

El enigma de las llamas azules

de Francisco Camba



Novela grande e inédita,
del laureado escritor gallego